POR AMOR Y POR DEBER

Ensayo dramático

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

por

Agustin Safon y Durán



BARCELONA
IMPRENTA DE LOS SUCESORES DE N. RAMIREZ Y COMP.ª
PASAJE DE ESCUDILLERS, NÚM. 4.
1884

A la memoria de su idolatrada madre, y á sus queridísimos padre y tia, Doña Francisca Antonia Durán y Guillén, dedica este su modesto y primer trabajo

Agustin.

PERSONAJES.

BEATRIZ.
DOÑA CLARA.
ALFREDO.
DON ANTONIO (Padre de Beatriz.)
DON ANDRÉS (Padre de Alfredo.)
DANIEL.
UN CRIADO.

La escena en Barcelona.—Época presente.

ACTO PRIMERO.

La escena representa un salon elegantemente amueblado en casa de don Antonio. Puerta al foro y puertas laterales. En la izquierda dos, de las cuales la del primer término da entrada al despacho de don Antonio, y la que está en segundo término conduce á otras habitaciones de la casa. A la derecha, en segundo término, otra puerta que se supone da acceso á un jardin. Por derecha é izquierda debe entenderse la del actor.

ESCENA I.

DON ANTONIO y DON ANDRÉS, sentados.

ANTONIO. ¿Con que Alfredo va á llegar?
ANDRÉS. Me lo anuncia en una carta
escrita desde Madrid,
que recibí esta mañana.
ANTONIO. Tambien lo ha dicho Daniel
así, no hace mucho, á Clara.
Y por cierto que he notado
que al decírselo, expresaba
su semblante... cierta cosa...
como si no le agradara
esta venida de Alfredo,
que en verdad, á mí...
ANDRÉS. Me extraña,
porque Daniel y mi Alfredo
amigos son de muy larga
fecha.
ANTONIO. Con mayor motivo
tendría que celebrarla.

ANDRÉS. Como Daniel es un jóven
de conducta no muy santa,
si hay que creer á la gente
que esta tarde de él hablaba,
quizá es estorbo á sus miras
ó á sus planes, su llegada.

ANTONIO. Ved que tal vez la malicia
tantas cosas inventara
por envidia ó por despecho
ó por gusto; que es tan baja,
que no se para siquiera
á mirar, si el diente clava,
en quién filtra el ponzoñoso
veneno que hiere y mata,
al dar forma de calumnia
á sus engendros.

ANDRÉS. Bastaba
pensar en lo que usted dice
ante la historia narrada,
para juzgarla imposible
y para luego olvidarla,
si el nombre que se pronuncia
nos inspira confianza;
pero confianza ciega,
absoluta, ilimitada.
Mas como ésta, don Antonio,
es en el mundo muy rara,
y como por otra parte
Daniel en mí no la hallaba,
por más que amigo de Alfredo,
y amigo fiel, se llamara,
por eso juzgo posible,
si no cierto, lo que hablan.
Además, como visita
frecuentemente esta casa,
y á ser verdad lo que han dicho
podría torpe mancharla
con su presencia en el seno
de familia tan honrada,
he creido, don Antonio,
que la amistad me obligaba
á decirlo, pues conviene

tambien al nombre y la fama
de la que ha de ser esposa
de Alfredo.

ANTONIO. Don Andrés, basta.
Basta ya de prolongar
con inútiles palabras
la ansiedad que siento en mí
de conocer lo que pasa.
¿Cuál es la historia? Sepamos.
(Con ansiedad.)

ANDRÉS. Ante ella el temor asalta.
Daniel pasa muchas noches
en orgías insensatas,
buscando en ellas placeres
de esos que secan el alma,
que la juventud agostan,
y hasta, lo que es más, degradan.
Dicen más; que ya va unido
su nombre al de desdichadas
que sedujo en su locura
y abandonó en la desgracia.
Que juega frecuentemente,
que á la que enamora engaña,
y que entre juego y amores
su fortuna despilfarra,
por más que grande aparezca
y además de grande... extraña.
Porque aquí añaden algunos,
ya con malicia sobrada,
que no conoció á sus padres,
y que una marquesa santa
que al verle pobre y sin ellos
le recogiera en su casa,
al morir ella sin hijos
sus riquezas le dejara.
Mas buscan otros caminos
peores para explicarla,
muchos que creer no quieren
que exista abnegacion tanta.

ANTONIO. ¡Oh! Me parece increible *(Se levantan.)*
tanta locura y audacia,
y á no escucharlo de usted

de su exactitud dudara.
Mas pensad que há algunos meses
que aquí Daniel tiene entrada,
y no llegó á mis salones
ni un eco de esas infamias.
Aquí se porta muy bien,
y á juzgarlo por las trazas
es franco, honrado, prudente,
de cualidades que agradan,
y por todos apreciado
y de riqueza no escasa.

ANDRÉS. ¡La riqueza! Siempre á ella, *(Con ironía.)*
por esas ó aquellas causas,
las mejores cualidades
van unidas, y acompañan
al hombre que la posee
excelencias envidiadas.
Que el oro tiene el poder
(Con ironía creciente.)
de trasformar ¡gran hazaña!
en hermosa á la que es fea,
en buena á la gente mala,
al que es osado en prudente,
en honrado á quien estafa,
en hombre de honor al vil,
y en caballero á quien mancha
con las palabras infames
que de sus labios se escapan.
Y en esa trasformacion
tan grande es su fuerza y tanta,

que goza del privilegio
de ocultar todas los faltas. *(Pequeña pausa.)*
¡Ved, en cambio, la pobreza
hasta el suelo rebajada!
¡A la honradez del que es pobre
se le da escasa importancia;
se niega que es caballero,
con la razon se le infama,
le maltratan por doquiera
y le apellidan canalla,
aun siendo el pobre decente

y de condicion honrada:
que una cosa son harapos
y otra ostentacion y galas!

ANTONIO. Y diga usted, ¿hace mucho
que ese Daniel sentó plaza
de libertino?

ANDRÉS. Aseguran
las versiones propaladas,
que desde que se vió dueño
de la fortuna heredada.
De manera que aun Alfredo
nada sabe, y sin tardanza
se lo diré cuando llegue.

ANTONIO. De verle entrar por mi casa
siento, en verdad, gran deseo,
por la boda concertada.
Pidió la mano de mi hija,
la concedí con el alma,
y espero que se presente
para cumplir mi palabra.
Sentirá inmensa alegría
por su próxima llegada?

ANDRÉS. De nuevo torna contento
á Barcelona, su patria,
á estrechar la blanca mano
de su Beatriz adorada.
Supongo que ella tambien
habrá recibido carta
de Alfredo, dándole cuenta
de su venida anhelada.

ANTONIO. Es natural que así sea:
yo doy por cosa sentada
que á estas horas estará
leyendo Beatriz la carta,
y diciendo una y mil veces
que mucho su Alfredo tarda.

ANDRÉS. ¿Supone usted que Beatriz
tanto anhela su llegada?

ANTONIO. Y ¿cómo nó? Cuando ausente
cerca de un año se pasa,
sin poder estar al lado
de aquel sér á quien se ama;

sin escuchar los acentos
mágicos de su palabra,
ni recibir la luz pura
de sus ardientes miradas,
al recibir la noticia
de que llega, cosa es clara
que se ensancha el corazon,
se inunda de gozo el alma,
y se besa y se bendice
mil veces aquella carta.
(Saca el reloj y mira la hora.
Mas dispensad, don Andrés;
es ya la hora señalada,
y me espera en el despacho
un asunto de importancia.

ANDRÉS. Me voy tambien, porque quiero
que Alfredo me encuentre en casa.

ANTONIO. Que se presente al llegar.

ANDRÉS. Descuide usted, no hará falta.
(Se dan las manos y vánse. Don Antonio entra en su despacho y don Andrés sale por la puerta del foro.)

ESCENA II.

BEATRIZ y DOÑA CLARA.

(Salen por la puerta de la izquierda, segundo término. Doña Clara sale la primera, y tomándole la mano á Beatriz se dirigen al sofá.)

CLARA. Ven Beatriz, háblame aquí;
en mí confianza tén,
pues ya sabes que tambien
yo me desvivo por tí.
Te quiero ver muy dichosa,
de la fortuna mimada,
y de todos respetada
siendo de Daniel la esposa. *(Se sientan.)*
Dí, ¿te gustó la funcion

vista anoche?

BEATRIZ. Ya lo creo.
Es mi constante deseo
el teatro; mi ilusion.
Allí se sueña á porfía
en un porvenir de rosa,
y la llaman á una hermosa
un día tras otro día.
Halagan la vanidad
palabras quizás fingidas,
pero gustan ser oidas
y alegran mucho, en verdad.
Sigue la conversacion
cada vez más animada,
y al calor de una mirada
nace una bella ilusion.
Y aunque muera sin tardar
en la misma noche aquella,
ilusion que fué tan bella,
otra nace en su lugar.
Y no es así extraordinario,
salir triunfante en la empresa,
al soñar con ser marquesa
ó esposa de un millonario.
Puesto que en el palco ves
llegar, quién puede primero,
ya un opulento banquero,
ya aristócrata marqués.

CLARA. Hoy te oigo por vez primera
como yo te quiero oir.

BEATRIZ. ¡Qué bello es el porvenir
pensando de esta manera!
De nuestra ilusion en alas
de él descorremos el velo,
y aparece hermoso cielo
lleno de esplendor y galas.
Y en ese cielo feliz
todo es riqueza sin cuento.

CLARA. Hoy me llenas de contento
y te quiero más, Beatriz.
Ya era preciso pensar
en un porvenir hermoso,

eligiendo por esposo
á quien te lo puede dar.
Me place ver la aficion
que á tanto lujo has cobrado.

BEATRIZ. No dirás que no he escuchado
ni aprendido tu leccion.
Siempre un día y otro día
tú enardeciste mi mente,
pintándome eternamente
la seductora alegría
y aquel placer sin segundo
que nos da tanta riqueza,
y la pompa y la grandeza
con que se vive en el mundo.
Tú avivaste mi deseo
de ansiar títulos y glorias,
y me contabas historias
que en recordar me recreo;
pues quiero llegar á ellas,
quiero ser, cual tú las llamas,
de aquellas *célebres* damas
tan grandes, ricas y bellas.

CLARA. Dices bien.

BEATRIZ. Sí, quiero ya
tener la grandeza toda
y ser reina de la moda.
¿Verdad, tia?

CLARA. Claro está.
Pues para ello es necesario,
ya que tú misma lo ves,
si no esposa de un marqués
ser mujer de un millonario.
Tú no ignoras que Daniel
con toda el alma te adora;
no esperes más; es ya hora
de decidirse por él.
Acepta pronto ese enlace
que muy dichosa serás.
¿Resuelta á casarte estás
con Daniel?

BEATRIZ. Sí.

CLARA. ¡Qué me place!

Anoche no vino aquí:
dime, ¿en el teatro estaba?

BEATRIZ. Como otras noches, se hallaba
anoche tambien allí.
A mí se acercó cortés
con aire de enamorado,
tomó una silla á mi lado
y habló conmigo despues.
Con amor y con locura
halagó mi vanidad,
diciendo que eran verdad
mis gracias y mi hermosura.
(Con alegría.) Y me prometió una cosa;
me dijo, y yo lo he creido,
que se encuentra decidido
á hacerme pronto su esposa.
Y tanta verdad será
lo prometido por él,
que hoy mismo quiere Daniel
comunicarlo á papá.
¡No sé por qué no confío!...
(Cambiando de tono.)
¡no sé por qué tengo miedo!...
Papá quiere mucho á Alfredo
y puede que...

CLARA. ¡Desvarío!
No te inquiete tal idea:
¿qué padre habrá que rehuya
una boda cual la tuya,
cuando su hija la desea?
¡Oh, sí! Convencida estoy
de que papá asentirá.

BEATRIZ. Escucha. ¿Te he dicho ya
que Alfredo llegaba hoy?
(Doña Clara hace un signo afirmativo.)
(Con tristeza.) Quizá la razon le sobre
si me riñe.

CLARA. ¿Te da espanto?

BEATRIZ. ¡Alfredo me quiere tanto!

CLARA. Pero, hija mía, ¡es tan pobre!
Antes era un buen partido
teniendo aquel capital;

hoy que perdió su caudal
precisa darle al olvido.
Yo así tu dicha me explico,
que dichosa anhelo verte;
á él hizo pobre la suerte
y á Daniel hizo muy rico.
Y si tu ambicion es fiel
á esa vida esplendorosa,
no es la eleccion muy dudosa
entre Alfredo y tu Daniel.

BEATRIZ. Nunca á escribir me atreví
á Alfredo lo que pasaba.
Daniel de su amor me hablaba,
y hasta ayer no le creí
cuando en el palco me dijo
que á mi padre lo diría.

CLARA. Pues no dudes, hija mía,
que lo cumplirá, de fijo.
¡Cuán dichosa te veré!
Y en vista de tal promesa,
más que á nadie te interesa
decirlo á Alfredo.

BEATRIZ. Lo haré.

CLARA. Fuera de Daniel no hay modo
de ver tu sueño cumplido;
es bueno, fiel, distinguido,
y muy rico... sobre todo. *(Marcando la frase.)*

BEATRIZ. ¿Y mi padre?

CLARA. Ya verás
como accede á tu deseo.
Yo al menos así lo creo.

BEATRIZ. Espero que le hablarás.

CLARA. No te dé ningun cuidado;
le haré ver la ventajosa
posicion de su hija hermosa,
y queda todo arreglado.
(Beatriz mira hacia el despacho de don Antonio, y al ver que éste se acerca, se levanta y dice:)

BEATRIZ. Pues yo me voy, que allí viene.

CLARA. *(Levantándose.)* No te quedes en zozobra.
Cederá; razon nos sobra.

BEATRIZ. ¡Oh! *(Como dudando.)*

CLARA. Sí, ¿qué remedio tiene?

(Mientras se dirigen á la habitacion de la izquierda, segundo término, dicen los cuatro versos siguientes. Doña Clara la acompaña hasta la puerta.)

BEATRIZ. Dilo pues, que ya me cansa
hallarme de esta manera.

CLARA. No temas, no.

BEATRIZ. ¡El cielo quiera
que acceda papá!

CLARA. Descansa. *(Váse Beatriz.)*

ESCENA III.

DOÑA CLARA y DON ANTONIO.

(Este sale por la puerta de la izquierda, primer término, demostrando en su actitud que está como preocupado por alguna idea.)

ANTONIO. *(Aparte.)* ¿Alguna verdad habrá
en la historia de Daniel?
Si fuera posible que él...
lo dudo.

CLARA. *(Acercándose)* ¡Antonio!

ANTONIO. ¿Quién va?

CLARA. Permíteme que colija
lo que tú pensando estás.

ANTONIO. Y ¿crees que acertarás?
Díme, ¿en qué pienso?

CLARA. En tu hija.
Y hasta creo adivinar
qué más.

ANTONIO. Lo puedes decir.

CLARA. Piensas en su porvenir.

ANTONIO. Clara, lograste acertar.

CLARA. No era posible engañarme;
pensé haberlo adivinado
al hallarte preocupado
cuando te ví.

ANTONIO. ¡Preocuparme!
Sí, tal vez. Me entristecí
hace poco, y no te aflija,
pensando que pronto mi hija
saldrá casada de aquí.
Aunque ella feliz será,
como en sus ojos me miro
no te extrañe si suspiro
al ver que á casarse vá.

CLARA. Pues á fé que yo tambien
en su porvenir pensaba,
y de él con ella trataba
hace muy poco.

ANTONIO. Está bien.
Mas como yo soy su padre
más que tú quiero su gloria.

CLARA. No borres de tu memoria
que hago las veces de madre.
Y es mi cariño tan fiel,
que al pedirlo por su parte
la he prometido enterarte
de su boda con Daniel.

(Movimiento de sorpresa en don Antonio.)

Espero ver que realices
su deseo, que es el mio:
como en mí misma, en tí fio.

ANTONIO. ¡Con Daniel! ¿Qué es lo que dices?
Estaba pensando ahora
allí en mi despacho en él,
y esta noticia cruel
no sé si no corrobora
lo que aquí mismo han contado
de ese mozo.

CLARA. ¿Y se murmura?...

ANTONIO. Mucho, mucho, y se asegura.

CLARA. Daniel es un hombre honrado.

ANTONIO. No su condicion me alabes.

CLARA. Hará dichosa á Beatriz.

ANTONIO. Pero ¿sabes tú? ¡infeliz!
¿quién es Daniel? Dí ¿lo sabes?

CLARA. Es un jóven que atesora
un honrado corazon,

y ofrece su posicion
á Beatriz, porque le adora.
¿Quién hace á Daniel culpable?
Sin duda algun envidioso...
Daniel será un buen esposo...

ANTONIO. ¡Daniel es un miserable!
(Interrumpiéndole con enojo.)
¡Un libertino de oficio!...
un hombre... ¡si causa horror!
¡que no tiene más amor
que el impuro amor al vicio!

CLARA. Juzga que bien puede ser
una calumnia traidora.

ANTONIO. ¡Si nadie su historia ignora!...

CLARA. Es falsa.

ANTONIO. ¡Basta, mujer! *(Pequeña pausa.)*
(Con resolucion.) Mas aunque no fuera así,
lo pedirías en vano,
porque he de entregar su mano
á quien ya la prometí.

CLARA. Con tus negativas hieres
de muerte su corazon.

ANTONIO. Piensa que tengo razon.

CLARA. Yo pienso que no la quieres.

ANTONIO. ¡Me estás poniendo en un potro!
Vendrá Alfredo á reclamar
y ¿qué voy á contestar?

CLARA. Pues que Beatriz quiere al otro.
Si la cosa es muy sencilla....
Tú mismo...

ANTONIO. *(Con arranque de dignidad.)*
¡Yo no; quien mienta!
¡Quién al decirlo no sienta
la vergüenza en su mejilla!

CLARA. Pero...

ANTONIO. Cumplir me interesa
la palabra que le dí,
que no he de faltar así
á una solemne promesa.
Tú no ignoras, pues lo ves,
que la quiebra de un malvado,
sin capital ha dejado

al banquero don Andrés.
Alfredo, en su amor profundo,
vendrá á reclamarla luego,
y si su mano le niego
mañana lo sabrá el mundo:
y dirá, no sin razon,
si á Alfredo no quiero darla,
que ántes hacía, al casarla,
un negocio de esa union.
Y como esto no es verdad
ni este ha sido mi deseo,
y además, como yo creo
que hará su felicidad,
por eso acceder no quiero;
que don Andrés de Vernado
no dejó de ser honrado
al dejar de ser banquero.

CLARA. Me tienes muy enfadada
con tu rigor, que no es justo.

ANTONIO. Yo á mis razones me ajusto,
que mi palabra está dada.

CLARA. Que renuncies es preciso.
(En este momento aparece Alfredo por la puerta del foro. Al volverse doña Clara y reparar en él, dice á don Antonio.)
Alfredo llega, me voy.
(Se dirige doña Clara á la habitacion de la izquierda, segundo término, en tanto que Alfredo, entrando dice.)

ALFREDO. ¡Gracias á Dios que aquí estoy!
Señora...
(Reparando en doña Clara y saludándo.)

CLARA. *(Lo mismo.)* Con su permiso.

ESCENA IV.

ALFREDO y DON ANTONIO.

ANTONIO. Bien venido.

ALFREDO. ¡Al fin llegué! *(Se abrazan.)*
¡Un año de triste ausencia!

¡Cuánto su amable presencia
allá de menos eché!
Evocaba de mil modos
en días de pesadumbre
las horas que aquí á la lumbre
juntos pasábamos todos.
Y al recordar á mi madre,
á la que tantó adoré,
tambien pensaba en usté
que para mí es otro padre.

ANTONIO. ¿Lo crees?

ALFREDO. Lo creo, sí.
No hace mucho que he venido:
á mi buen padre querido
abracé, y me vine aquí.
Y en mi cariño profundo
le dí un abrazo sincero;
para mi padre el primero,
pero para usté el segundo.
¿Llora usted?

ANTONIO. ¡Es de placer!
¡Llanto, Alfredo, de alegría!
Ya la dicha tu alma ansía
y yo tu dicha he de hacer.
Cuando con fé y con ardor
te dirigiste á estudiar
á Madrid, para tomar
el título de doctor
en leyes, emocionado
te dije yo, aunque feliz,
delante de mi Beatriz
y de tu padre adorado:
«Vete á estudiar, hijo mio,
y cuando vuelvas gozoso,
yo te entregaré orgulloso
Alfredo, el bufete mio.
Os casareis, y seré
venturoso con los dos.»

ALFREDO. Y yo, de esa dicha en pos,
su ofrecimiento acepté:
luego.... con llanto en la tez
me alejé de su presencia...

despues... ¡un año de ausencia!...
Mas ya estoy aquí otra vez
en esta alegre morada,
do orgulloso puedo estar
viendo que he de emparentar
con don Antonio de Ullada.

ANTONIO. ¡Gracias, Alfredo! *(Dándole la mano.)*

ALFREDO. Señor...

ANTONIO. ¡Tú siempre tan generoso!

ALFREDO. Y usted siempre bondadoso
dispensándome favor.

ANTONIO. No digas tal; tus acciones
constantemente te abonan;
siempre tus labios perdonan
y recoges bendiciones.
De tí están todos contentos
y no les falta razon,
que es noble tu corazon
y hermosos tus sentimientos.

ALFREDO. Todavía el mismo soy,
y siempre así me verá;
pero usted no ignorará
que de otra manera estoy.
¡No la dicha me sonríe
cual me sonrió en la cuna!
¡Triste revés de fortuna!...

ANTONIO. Nada, Alfredo, goza y ríe.

ALFREDO. De mucho nos ha privado.
(Con acento de tristeza.)

ANTONIO. Bien tu tristeza me explico.

ALFREDO. Hoy soy mucho menos rico. *(Lo mismo.)*

ANTONIO. Pero siempre tan honrado. *(Se abrazan.)*
(Pequeña pausa.)
No toquemos, pues pasó,
de tu desgracia el resorte.
Díme ¿te gusta la corte
mucho?

ALFREDO. No digo que no.
No hacen falta diversiones;
que allá en Madrid, á mi ver,
tiene su corte el placer
en teatros y en salones.

Hay una noche reunion
en casa de una marquesa;
otra noche una duquesa
un baile da en su salon;
y esas fiestas, en verdad,
y esto se da por sabido,
reunen lo más escogido
de la buena sociedad.
Jamás en ellas he estado;
mas si las describo así
es porque tambien á mí
algunos me lo han contado.
Porque es otro mi deseo,
yo prefiero á todo eso
el estarme en el Congreso
ó acudir al Ateneo.
Oir en distintas horas
discutir con gran calor,
ó escuchar de Campoamor
alguna de sus doloras.
En fin, algo se concilia
mi carácter con aquello;
pero es para mí más bello
vivir entre la familia.
Aquí me siento feliz
estando de usted al lado,
al de mi padre adorado
y al de mi bella Beatriz.

ANTONIO. Hoy, como entonces, tambien
me dejas tú satisfecho.
¡Otra vez contra mi pecho!
(Tendiéndole los brazos.)

ALFREDO. ¡Otro abrazo y otros cien! *(Se abrazan.)*

ANTONIO. *(Aparte.)* Este su esposo será;
desechemos toda pena.

ALFREDO. *(Con ansiedad.)* Y mi Beatriz, ¿no está buena?
(Don Antonio hace un signo afirmativo.)
Pues ¿cómo no llega ya?
¡Es extraño que no acuda!
¿Está como antes hermosa?

ANTONIO. ¿Quieres hacerla tu esposa?

ALFREDO. ¡Que si yo?... ¡Y usted lo duda!

(Con pasion.) ¡Si es mi constante tormento
y mi constante alegría!
¡Si de ella es el alma mía
y de ella mi pensamiento!
¡Si la veo á todas horas!...
¡si sólo por ella vivo!...
¡si siento que estoy cautivo
en sus gracias seductoras!
¡Si tengo inmenso placer,
si siento amor tan profundo,
que dudo que así en el mundo
sea amada otra mujer!

ANTONIO. Espera. No tardará.
Yo por precision me alejo.

ALFREDO. ¿Me deja usted?

ANTONIO. Sí, te dejo:
aguarda un poco y vendrá.
(Vase don Antonio por la puerta del foro.)

ESCENA V.

ALFREDO.

¡Vendrá mi dueño adorado!
¡Un año que no he mirado
su rostro de gracias lleno!
¡Un año que estoy ajeno
á las dichas que he soñado!
¡Vendrá en breve!... ¿Cómo no?
Vendrá á cumplir la promesa
que una y mil veces juró,
y á decir que no le pesa
lo mucho que me adoró.
¡Qué inusitado placer
me presta la confianza!
¿Cómo feliz no he de ser,
si es mi vida y mi esperanza
y mi cielo esa mujer?
Con tanto objeto querido,
(Mirando en derredor.)

aquí me siento feliz
al ver mi anhelo cumplido:
todos testigos han sido
del amor de mi Beatriz.
¿Y he de olvidar ese Eden
de ventura seductora?...
¿En su corazon desden?...
Mi padre no sabe bien
lo que mi Beatriz me adora.
Ignora mi padre, sí,
que ese amor que en ella ví
y que le inspiré el primero,
me lo guarda todo entero,
todo entero para mí.
¡Dudar!... ¡Sombras por doquier!...
¡Amor!... ¡Ventura infinita!...
¿Que dude de esa mujer?...
¿De su amor?... ¡No puede ser!
¡La fé el alma necesita!
Es más hermoso el amar...
¡Alma!... ¡Si tan bello es
apresúrate á gozar,
que es largo el tiempo despues
para sufrir y llorar!

Escena VI.

ALFREDO y BEATRIZ.

(Sale por la izquierda segundo término, y debe permanecer indiferente en toda la escena.)

ALFREDO. ¡Mi Beatriz! *(Con expresion de contento.)*
BEATRIZ. ¡Alfredo! *(Con sorpresa.)*
ALFREDO. Ven.
(Aparte.) ¡Cuán hermosa! ¡Amor alienta!
BEATRIZ. *(Aparte.)* ¡Qué situacion tan violenta!
ALFREDO. ¿Qué te detiene, mi bien?
Ven á mí...
BEATRIZ. De tu llegada...
ALFREDO. ¿Te sorprendió?

BEATRIZ. La emocion...
(Aparte.) ¡Qué cobarde es la traicion!
ALFREDO. Mas ¿qué tienes?
BEATRIZ. Nada, nada...
Ya pasó.
ALFREDO. Calma, mi dueño,
tu agitacion.
BEATRIZ. *(Aparte.)* ¡Qué agonía!
ALFREDO. *(Con amor.)* ¡Ven!... Te contaré, alma mía,
la historia de hermoso sueño.
BEATRIZ. *(Con sorpresa.)* ¿Un sueño?...
ALFREDO. *(Con pasion creciente.)* Sí; un salon ví
ni inmenso ni reducido;
Cupido moraba allí,
y sonriente advertí
al pequeño dios Cupido.
No era de mucho valor
ni denunciaba grandeza
aquel salon, en rigor,
que no hacen falta al amor
ni lujo ni gran riqueza.
En aquel salon soñado,
ni muy pobre ni lujoso,
para el amor fabricado,
había un ángel hermoso
y un jóven enamorado.
En sus rostros la alegría
brillaba radiante y pura,
y en sus ojos se leía
que en sus almas, vida mía,
rebosaba la ventura.
Y respiraban, mi amada,
en tan bella situacion,
la dicha más acabada
de que se hallaba impregnada
la atmósfera del salon. *(Pequeña pausa.)*
El placer les sonreía
haciéndoles venturosos,
que en tan placentero día
comenzaba su alegría
al ser amantes esposos.
De amor con locura hablaron;

despues... con dulce embeleso
largo rato se miraron,
y sus palabras sellaron
con un abrazo y un beso.
Y aquí acabó el amoroso
ensueño que pinto fiel,
y hoy te digo presuroso
que eras tú el ángel hermoso
y era yo el jóven aquel.
¡Porvenir lleno de vida
ese porvenir risueño
que soñé, Beatriz querida!
Por eso exclamé en seguida
al despertar de aquel sueño:
«Si de él la ventura en pos
nos quisiera sonreir,
y así lo permita Dios,
¡qué bello es el porvenir
que nos aguarda á los dos!»

BEATRIZ. Bello sueño es en verdad,
segun tu anhelo lo pinta;
pero es cosa tan distinta
del sueño... ¡la realidad!

ALFREDO. ¿Por qué á creer te resistes *(Con sorpresa.)*
que será verdad mi sueño?

BEATRIZ. Qué sé yo...

ALFREDO. ¿Por qué ese empeño
en anunciar cosas tristes?
(Con alegría.) Verás trascurrir dichosa
la vida, aunque no lo creas.

BEATRIZ. ¡La dicha! *(Dudando de lo que dice Alfredo.)*

ALFREDO. *(Con inquietud.)* ¿No la deseas?

BEATRIZ. ¡La dicha es tan engañosa!
Sólo en ensueños la vemos. *(Con intencion.)*

(Al oir esto Alfredo, y como empezando á dudar del amor de Beatriz, dice el primer verso con acento de terror; pero desechando de pronto esta idea, dice con acento amoroso los otros versos.)

ALFREDO. ¡Oh! ¡Me espanta lo que dices!
¿Que no serémos felices?...

¡Tú verás si lo serémos!

(Con arranque amoroso.)

Que no presagie desgracias
tan excesivo desvío,
que preso estoy, ángel mío,
en la cárcel de tus gracias.
Antes me mirabas bien
y sonreías feliz;
mírame ahora, Beatriz,
y sonríeme tambien.
Dí que no tienes agravios...
dí que no sientes enojos...
que me lo expresen tus ojos,
que me lo digan tus labios,
pues loco de amor yo llego,
y en cambio de esta locura
pido una sonrisa pura
y una mirada de fuego.

(Al ver que Beatriz sigue en la misma indiferencia, dice cambiando de tono.)

¡No sé qué terror me inspiras!
Habla; no seas cruel.
¿Amas acaso á Daniel?
No falsedad, no mentiras.
Toda la verdad exijo,
aunque me mate el dolor.
(Con ansiedad.) ¿Fuiste traidora á mi amor?

BEATRIZ. Yo...

ALFREDO. ¡Bien mi padre lo dijo!

(Con desesperacion.)

¿Te callas?... ¡Ah! ¡Pensamiento,
cesa, cesa de pensar,
que no quiero adivinar
si es cierto mi sufrimiento!

BEATRIZ. Pues bien, Alfredo, yo soy
lo que tú quieras pensar;
pero es preciso olvidar
aquel amor desde hoy.
Quizás la razon te sobre
cuando te quejas de mí;
pero yo, Alfredo, creí
que al contemplarte más pobre

de lo que fuiste algun día,
tú me hubieras olvidado...
Daniel su amor me ha brindado...
con insistente porfía...
y yo, en verdad...

ALFREDO. ¿Con que es cierto?
¿Con que no hay medio ni modo?

BEATRIZ. Precisa olvidarlo todo,
porque nuestro amor ha muerto.

ALFREDO. ¡Miente quien lo dijo así!
Será verdad tu falsía,
mas no ha muerto todavía
el amor que siento aquí.
(Señalando al corazon.)

BEATRIZ. Piensa que tu corazon
puede amar á otras mujeres.

ALFREDO. *(Aparte.)* ¡Pero, estos ingratos séres
nos juzgan como ellos son!

BEATRIZ. Aún en tu dicha confio
con otra, y te la deseo.

ALFREDO. ¡La estoy oyendo, y no creo
tanto cinismo! ¡Dios mio!

BEATRIZ. Tal vez...

ALFREDO. Basta; no suplico:
ya no me afano en quererte;
ya dichosa quiero verte *(Con ironía.)*
con tu Daniel... que es tan rico.
Mas no olvides que te digo
(Con sentimiento profundo.)
Beatriz, que hay Providencia,
y que en tu misma conciencia
encontrarás el castigo.
(Váse Alfredo por el foro.)

ESCENA VII.

BEATRIZ sola.

Él me dejará de amar,
aunque es su amor tan profundo.

¡Yo le olvidé! En este mundo
¿qué no se llega á olvidar?
El lujo, la ostentacion, *(Cambiando de tono.)*
la incalculable riqueza,
muchas galas, la grandeza
de algun dorado salon.
Aún más; la esplendidez toda,
los soberbios carruajes,
los vistosísimos trajes,
los caprichos de la moda:
en el gran mundo vivir;
en la opulencia gozar,
y por doquiera brillar
y por doquiera lucir...
eso es todo lo que quiero;
y pues me lo da Daniel,
debo casarme con él,
que por eso le prefiero.

Escena VIII.

BEATRIZ, y DANIEL por el foro.

DANIEL. ¡Beatriz!
BEATRIZ. ¡Daniel!
DANIEL. Yo soy, sí.
¡Gracias á Dios que te veo!
Vengo en alas del deseo
á ponerme junto á tí.
Siempre de tu amor en pos
no encuentro sin tí reposo,
y creo que ya es forzoso
no separarnos los dos.
BEATRIZ. Dices muy bien. Tambien siente
eso mismo el alma mía,
y piensa en tí noche y día
y nuestra dicha presiente.
(De pronto el semblante de Beatriz adquiere una expresion de tristeza.)
DANIEL. *(Aparte.)* ¡Cuánto puede la riqueza!
(Alto.) Pero ¿quién roba tu paz?

Algo tienes, que tu faz
denota inmensa tristeza.

BEATRIZ. Es que no quiere papá
consentir en nuestro enlace.

DANIEL. En no acceder muy mal hace;
pero al fin asentirá.

BEATRIZ. ¿Lo crees así? *(Con alegría.)*

DANIEL. ¿Qué remedio?
Comprenderá la razon.
¿Me quiere tu corazon?
(Beatriz hace un signo afirmativo.)
Pues hay que buscar un medio.

BEATRIZ. No adivino...

DANIEL. Yo lo sé.
(Aparte.) ¡Oh! La impaciencia me abrasa.
(Alto.) Hay que salir de esta casa.

BEATRIZ. Mas...

DANIEL. Yo el modo te diré.
Mi buen tio y mi señor,
á quien de todo enteré,
se avino, cuando le hablé,
á proteger nuestro amor.
Saldremos pues, sin demora,
á él quedarás confiada,
estando depositada
en su casa, por ahora.

BEATRIZ. Pero...

DANIEL. No te dé cuidado
y tén en mi empresa fé.
Una carta escribiré
allí á tu padre adorado:
(Señalando el despacho de don Antonio.)
mirará la carta atento;
comprenderá tu pasion,
y viendo tu situacion
dará su consentimiento.

BEATRIZ. ¿No me engañas?

DANIEL. *(Con fingido amor.)* ¡Vida mia!
¿Cómo es posible engañarte,
si sabes que yo sé amarte
como nadie te amaría?
Si á dejarte no me avengo

porque de tu amor dispongo;
si á tus piés rendido pongo
las riquezas que yo tengo.

BEATRIZ. *(Aparte.)* ¡Pronto en mis alegres años
lo de él todo á mi merced!

DANIEL. *(Aparte.)* ¡Al fin caiste en la red
que te urdieron mis engaños!
(Alto.) El tiempo no hay que perder.
Este rato aprovechemos:
entremos, Beatriz, entremos.

BEATRIZ. *(Aparte.)* ¡Oh! ¡Cuán feliz voy á ser!
(Entran en el despacho de don Antonio.)

ESCENA IX.

ALFREDO.

(Entra por la puerta del foro y avanza á medida que dice los versos hasta colocarse en primer término.)

He visto á Daniel entrar
y sus pasos he seguido;
al verle, lo que he sentido
no me es posible expresar.
Ella va del lujo en pos
y él se lo promete así!...
No sé por qué siento aquí
(Señalando el corazon.)
que no se quieren los dos.
(Mira hacia el despacho de don Antonio y exclama sorprendido:)
¡Juntos! ¡Daniel afanoso
tiene en su mano un papel!...
¡Ella sonríe á Daniel
y él se juzga venturoso.
(Pequeña pausa, durante la cual se acerca á la puerta del despacho y escucha atentamente.)
(Aterrado.) ¿Pero estaré yo demente
ó es cierto lo que he escuchado?
¡Una fuga han concertado

y van á huir! ¡Dios clemente!
(Mira de nuevo hacia el despacho, y dice cada vez más sorprendido, con el acento que reclama la situacion en que se encuentra. Toda esta escena queda encomendada al talento del actor.)
¡Me pasma su audacia loca!
¡Se acerca á ella!... ¡La oprime
entre sus brazos... é imprime
impuro beso su boca!
¡Vienen! Impido tambien
esa fuga desgraciada,
que nunca se pierde nada
por que se practique el bien.
(Se oculta detrás de la cortina ó portier de la puerta de la izquierda, segundo término.)

ESCENA X.

BEATRIZ, DANIEL y ALFREDO oculto.

(Salen por la puerta de la izquierda, primer término, marchando Beatriz á la misma parte donde está oculto Alfredo. Este, al dar el grito de «infames» sale de detrás de la cortina y se apodera de Beatriz, sujetándola fuertemente por una mano, en tanto que Daniel se dirige á la puerta del foro y huye, temiendo que Alfredo dé voces y descubran su traicion. Beatriz, fuertemente asida, lucha por desasirse, pero sin conseguirlo.)

DANIEL. *(Saliendo.)* Verás tu ambicion colmada
al ser en breve mi esposa;
aún estarás más hermosa
de placeres rodeada.

BEATRIZ. Que siempre mi dicha aumentes.

DANIEL. Nada, Beatriz, te dé miedo.
(En este momento llegan delante de la puerta donde se ocultó Alfredo, quien saliendo grita:)

ALFREDO. ¡Infames! *(Sujetando á Beatriz.)*

BEATRIZ y DANIEL. ¡Jesús!
BEATRIZ. ¡Alfredo!
DANIEL. ¡Me vengaré! *(Váse por el foro.)*

ESCENA XI.

DICHOS, menos DANIEL.

ALFREDO. ¡Aunque lo intentes
no te irás! ¡Si no dan muerte
mis manos!
BEATRIZ. *(Luchando por desasirse.)* ¡No, por favor!
ALFREDO. ¡Sí! ¡Despues al seductor!...
BEATRIZ. ¡No más!
ALFREDO. ¡Debo detenerte!
(Mirando hacia el foro, sin soltar á Beatriz.)
¡Huyó! ¡Brava condicion
la de esa insensata gente!
¡Sólo se muestra valiente
en la sombra y á traicion!
¡Es preciso que yo venza
de ese infame los antojos!
BEATRIZ. ¿No ves el llanto en mis ojos?
ALFREDO. ¿No ves en mí la vergüenza?
BEATRIZ. ¡Suelta Alfredo!...
ALFREDO. ¡No te irás!
BEATRIZ. ¡Suelta, suelta, por favor!
ALFREDO. En vano.
BEATRIZ. ¡Por nuestro amor!
ALFREDO. ¿Por él? ¡No lo nombres más!
¡Ah! ¡Yo velé por la honra
que olvidó tu vanidad!
¿Sabes dónde ibas?
BEATRIZ. *(Arrodillándose.)* ¡Piedad!
ALFREDO. ¡Pues ibas á la deshonra!
(Se levanta Beatriz.)
(En este momento aparece por la puerta del foro don Antonio, que oye confusamente las últimas palabras pronunciadas por Alfredo. Casi al mismo tiempo que entra

don Antonio por el foro, sale doña Clara por la izquierda, segundo término. Beatriz y Alfredo continúan en el mismo sitio hasta que lo marca el diálogo.)

ESCENA XII.

DICHOS, DON ANTONIO por el foro, DOÑA CLARA por la izquierda.

ANTONIO. *(Aparte, desde la puerta del foro.)*
¡Deshonra... en mi casa! ¿Quién
tan osado se mostró?

CLARA. *(Saliendo.)* ¿Qué sucede?
(Aparte y con sorpresa.)

BEATRIZ. *(Suplicando.)* ¡Alfredo!

ALFREDO. ¡No!...

BEATRIZ. *(Lo mismo.)* Repara...

ALFREDO. ¡La lengua ten!

CLARA. ¡Beatriz!

BEATRIZ. ¡Mi mente delira!

ANTONIO. *(Bajando al primer término.)*
¿Qué es esto?

BEATRIZ. *(Aterrada al oir á su padre.)* ¡Mi padre!

ANTONIO. *(Con enojo á Alfredo.)* Escucha.
(Ahora la situacion de los personajes es la siguiente: Alfredo y Beatriz á la derecha, primer término. Don Antonio y doña Clara, en primer término tambien, pero á la izquierda. Alfredo al oir la última palabra de don Antonio, se vuelve á él y dice con energía y orgullo:)

ALFREDO. Están, como siempre, en lucha
la verdad y la mentira.
Y por cierto que esta vez
yo sé bien cuál triunfará;
la mentira callará
y no lo hará la honradez.
Aquella hincó su rodilla;
ésta de pié la miraba,

y lástima le inspiraba
viendo que torpe se humilla.
Y era justo ver á aquella
vencida cual yo la ví.
(Con altivez.) ¡Yo soy la verdad aquí!

ANTONIO. Y ¿quién la mentira?

ALFREDO. *(Señalando á Beatriz.)* ¡Ella!

ANTONIO. ¡No sé cómo tengo calma
para aguantar tu osadía!

BEATRIZ. ¡Padre!...

ANTONIO. *(Tendiéndole los brazos.)* ¡Beatriz! ¡Hija mia!.

BEATRIZ. ¡Padre, padre de mi alma!

(Pasa por delante de Alfredo y se arroja en los brazos de don Antonio. Este y Beatriz se abrazan repetidas veces. Alfredo los contempla con asombro un momento, y despues, disponiéndose á salir, dice con profunda conviccion:)

ALFREDO. ¡Con estos fuertes abrazos
la prodiga amor sin tasa!...
¡Cuando sepa lo que pasa
la arrojará de sus brazos! *(Váse por el foro.)*

TELON.

ACTO SEGUNDO

La escena representa una sala en casa de don Andrés, de aspecto no muy pobre, pero si más modesto que el salon del acto primero. Puerta en el foro. Dos puertas laterales, una á la derecha y otra á la izquierda. En esta parte un pequeño velador y junto á él una silla. Al levantarse el telon aparece Alfredo sentado en ella, con la frente apoyada en una mano, puesto el brazo sobre el velador. Cuando lo marca el diálogo sale don Andrés por la derecha. Es de día.

ESCENA I.

ALFREDO sentado. Despues DON ANDRÉS.

ALFREDO. ¡Cuánta ficcion en el mundo!
¡Huyó la ilusión querida,
y sólo resta á mi vida
pesar y pesar profundo!
¡Ayer un hermoso cielo
de placer me sonreía;
hoy siento en el alma mía
amargura y desconsuelo!
¡Del placer algunas veces
pensamos algo probar!...
¡Del dolor.... hay que apurar
su gran copa hasta las heces!
¡Y cual si fuera mejor
vivir así y más hermoso,
es el placer engañoso
y es verdadero el dolor!
(Queda de nuevo pensativo.)

(Aparece don Andrés por la derecha, y al ver á Alfredo de este modo, se acerca á él.)

ANDRÉS. ¡Vamos, Alfredo, ten calma!
¡Si me parece increible!

ALFREDO. ¡Ay, padre! ¡Que es imposible
ahogar los gritos del alma!
Piensa y sufre por demás
cuando la hieren de muerte,
y no hay manera ni suerte
de que lo olvide jamás.
¡Ya sé que solo el olvido
podrá calmar mi agonía...
mas no se olvida en un día
lo que tanto se ha querido!

ANDRÉS. Me harás creer que delira
tu mente, y no quiero, Alfredo:
tu pesar me causa miedo
y honda tristeza me inspira.
Para haberte sido infiel
prefiero lo que ha pasado;
su conducta la ha dejado
digna sólo de Daniel.

ALFREDO. Sé que tiene usted razon;
sé que debía olvidarla;
es más; sé que debo odiarla
con todo mi corazon.
Mas no sufre imposiciones
un corazon cuando adora,
y no escucha á quien le implora
y no entiende de razones.
Y es inútil, á mi ver,
tratarlo de persuadir,
que él solo sabe sentir
y solo sabe querer.

ANDRÉS. ¿Y perdiste la confianza
de ser feliz algun día?

ALFREDO. ¡Ya no puede el alma mía
ser feliz, sin esperanza!

ANDRÉS. Pero ¿no piensas, Alfredo,
que es necesario el olvido?
¿No piensas que lo ocurrido?...

ALFREDO. ¡Pero, padre, si no puedo!
(Con profunda amargura.)
Anoche os conté la historia
exacta de todo esto,
y su recuerdo funesto
no se vá de mi memoria.
¡Siempre sombras por do quier
que quizás finja el deseo,
y en ellas flotando veo
la imágen de una mujer!
¡La ví un día iluminada
con luz espléndida y pura,
y hoy tan sólo de negrura
la contemplo rodeada!
Porque quedó tan grabado
aquel suceso en mi mente,
que al ver lo que es su presente
dudo ya de su pasado.
Así es que mi frente ardía
por el contínuo pensar,
sin conseguir apartar
el recuerdo de aquel día.
Y al recordar á Daniel
y á Beatriz, en mi dolor,
oigo del beso el rumor
y veo el abrazo aquel.
¡Y en esta lucha incesante
y en este incesante anhelo,
solo luto y desconsuelo
y penas tengo delante! *(Con desesperacion.)*
ANDRÉS. ¡Alfredo!
ALFREDO. ¡Padre!
ANDRÉS. ¡Infeliz!
¡No eran vanos mis temores!
Dá al olvido esos amores
y no pienses en Beatriz.
ALFREDO. ¡No pensar! ¡Qué más quisiera!
¡Si con el alma lo ansío!
Pero observo, padre mio,
que no hay modo ni manera.
Que fué la ingratitud tanta
y es la traicion tan reciente,

que me declaro impotente
para vencer. ¡Y me espanta
la aterradora evidencia
de mi mal!...

ADRÉS. Ya te advertí...

ALFREDO. ¡Es verdad; yo desoí
la voz de vuestra experiencia!
Pero estaba loco y ciego
y no escuché sus razones;
que tenía aquí ilusiones
(Señalando la frente.)
y en el alma mucho fuego.

ANDRÉS. ¿No has pensado alguna vez
en lo mucho que en tí fio,
y en que has de ser, hijo mio,
el sostén de mi vejez?
Allá en tus horas sombrías
y de profunda tristeza,
¿no has pensado en la pobreza
de nuestros presentes dias,
ni has calculado tampoco
que si llegas á faltar
voy á morir ó á enfermar,
ó quizá á volverme loco?...
En esto piensa, ¡por Dios!
y desecha esas quimeras,
¡á ménos que no prefieras
que nos perdamos los dos!

ALFREDO. ¡Padre! ¡Mi padre querido!
(Arrojándose en sus brazos.)
¡Cuánto siento el enojarle!
Pero yo debí contarle
todo aquello que he sentido.
¡Solo en usted tengo fé,
en el mundo, desde ahora!
Yo olvidaré á la traidora.

ANDRÉS. ¡Gracias, Alfredo! *(Con emocion.)*

ALFREDO. Lo haré.

ANDRÉS. Ya el porvenir no me aterra:
busque la dicha tu anhelo.

ALFREDO. ¡La dicha es hija del cielo
y vive poco en la tierra!

ANDRÉS. Ya conoces mi intencion
y sabes donde he de estar.

ALFREDO. Sí; le iré luego á buscar.

ANDRÉS. ¡Alfredo, resignacion!

(Váse don Andrés por el foro con direccion á la derecha.)

ESCENA II.

ALFREDO y despues un CRIADO.

ALFREDO. ¡Resignarse!... ¡Olvido!... ¡Calma!...
¡Todo inútil en la vida,
cuando se llora perdida
la fé que tenía el alma!
¡Tedio!... ¡Desventura!... ¡Enojos!...
¡Desdichas!... ¡Mucho sufrir!...
¡Qué oscuro es el porvenir
que se presenta á mis ojos!
¡La mente sin ilusion!...
¡Ningun bien en lontananza!...
¡Y ni una sola esperanza
existe en mi corazon!

(Aparece un Criado por la puerta del foro.)

CRIADO. *(Desde la puerta.)* Un caballero que espera...

ALFREDO. ¿Sabes quién es?

CRIADO. No lo sé.
Pretende hablar con usté.

ALFREDO. Dile que entre cuando quiera.
(El Criado se retira.)
¿Quién será el que quiere entrar
y pretende hablar conmigo?
Sin duda es algun amigo
que me querrá saludar.

Escena III.

ALFREDO y DANIEL por el foro.

(Daniel permanece en la puerta hasta que lo indica el diálogo. Alfredo, al volverse y reparar en Daniel, dice con acento de sorpresa.)

Alfredo. ¡Tú! Permite que me asombre,
pues no te estaba esperando.
(Aparte.) Veremos lo que buscando
viene en mi casa este hombre.

Daniel. *(Desde la puerta.)*
Me pesa mucho, en verdad,
molestar, si he molestado.

Alfredo. *(Irónicamente.)*
No tal, porque no he olvidado
aquella antigua amistad.

Daniel. Fiando en ella he venido
con impaciencia no escasa,
pensando que en esta casa
sería bien recibido.
Al ver que no pensé mal
me place y me felicito,
porque de tí necesito
un favor.

Alfredo. Tú dirás cuál.
Pero penetra en buen hora
sin recelo y sin temor,
que á quién tuvo... tal valor,
no le ha de faltar ahora.

Daniel. *(Avanzando.)* ¿No me esperabas?

Alfredo. No á fé.
Porque pensé, con razon,
que despues de tu traicion
ya no vendrías.

Daniel. ¿Por qué?

Alfredo. ¡Aún te atreves á pedir
que yo mismo te convenza!

Porque pensé en la vergüenza
que tendrías al venir.
Porque tú pensar debías
despues de aquella traicion
que, dada tu condicion,
esta casa mancharías.
Porque así lo hiciera yo
y todo el que honrado es...
conque ya tú mismo ves
si tengo razon ó no.

DANIEL. Alfredo, mucho me pesa
que así te atrevas á hablar,
cuando mucho moderar
tus impulsos te interesa:
yo sólo he llegado aquí
buscando amistad y paz,
y tú te muestras audaz...

ALFREDO. *(Interrumpiéndole.)*
Es que lo aprendo de tí.
Pero no cabe dudarlo;
hay diferencia.

DANIEL. No tal.

ALFREDO. Tú eres audaz para el mal;
yo lo soy para evitarlo.

DANIEL. *(Con acento amenazador.)*
¡Alfredo!

ALFREDO. ¡Si no me espanta
tu grito!... ¡Pretension loca!
¡Cuánto más grita tu boca
más mi cólera levanta!
¡Si te odio con toda el alma!...

DANIEL. Que estás buscando la muerte
con tus insultos.

ALFREDO. Advierte
que no puedo tener calma.

DANIEL. Advertir debes tambien
que fuera en mi cobardía
tolerar tanta osadía,
Alfredo....

ALFREDO. ¡La lengua tén!

DANIEL. Que proteccion no mendigo;
que manejo bien la espada,

y es segura la estocada
que dirijo al enemigo.

ALFREDO. Pues yo creo que no eres
tan hábil, y no te asombres,
para matar á los hombres
como engañando mujeres.
Vano es pues tu fiero alarde
y nécia tu pretension,
que ayer en otro salon
te ví escapar por cobarde!

DANIEL. No recuerdes lo que has visto.

ALFREDO. Si yo no quiero olvidarlo;
si es mi gozo recordarlo
para humillarte.

DANIEL. ¡Por Cristo!...

ALFREDO. (*Con orgullo.*) ¡Oh! ¡Modera tu altivez!
No des de soberbia indicio,
que ha de enmudecer el vicio
al verse con la honradez.
(*Golpeándose el pecho.*)
Basta ya de orgullo en tí
y de lenguaje atrevido,
y contesta: ¿á qué has venido
y que pretendes de mí?

DANIEL. Puesto que al fin te decides
á escucharme, voy á hablar:
te pido en primer lugar
que á aquella mujer olvides.
Porque hoy sería feliz
y venturoso á su lado,
si no hubieras estorbado
mis amores con Beatriz.

ALFREDO. ¿Y es esta tu pretension
en mal hora formulada
y no sé cómo escuchada?

DANIEL. Aun falta la conclusion.
Pido... ó exijo de tí,
que de cuanto allí pasó
y que tu audacia estorbó...

ALFREDO. (*Interrumpiéndole, y como adivinando lo que pretende decirle.*)
¿Qué vas á pedirme? dí.

DANIEL. Pues que no lo sepa el mundo
que las traiciones condena,
guardando de aquella escena
el secreto más profundo.
Y quiero, aunque no te cuadre,
pues así lo has de cumplir,
que nada intentes decir
de aquella escena á su padre.

ALFREDO. *(Con entusiasmo creciente.)*
Cesa ya en tu pretension,
porque, ó mucho me equivoco,
ó tú me tomas por loco
al hacer tal peticion.
Porque debes entender
que lo que osaste decir,
ni tú lo puedes pedir,
ni lo puedo conceder.
¡Olvidar? Olvidar, no;
en vano tú me lo dices,
que echó profundas raices
el amor que me inspiró.
Lo que te prometo aquí
es que renuncio á su mano,
porque con su amor liviano
quedó indigna para mí.
Pero es terrible locura
el pretender de este modo
que me calle todo, todo
lo de aquella escena impura.
Pues siendo tuyo el pecado,
callándome, es consiguiente
que fueras tú el inocente
y sería yo el culpado.
Y como esto ¡mal amigo!
no lo haré yo en tu disculpa,
que siendo tuya la culpa
tú has de sufrir el castigo,
te digo, aunque no te cuadre,
que si se presenta aquí
su padre, y me culpa á mí,
yo se lo diré á su padre.

DANIEL. *(Con enojo.)* ¡Vive Dios!

ALFREDO. ¡Calma tu ira;
que al fin por una traidora!...
DANIEL. Es que el corazon la adora.
ALFREDO. *(Con sorpresa.)* ¡Que tú?... ¡Parece mentira!
¡Que tú la adoras? Yo arguyo
que la degradas.
DANIEL. Tén juicio!...
ALFREDO. Adoras en ella el vicio,
porque es el mismo que el tuyo!
¡Tú de su deshonra en pos
y ella en pos de tu dinero,
del vicio en el ruin sendero
os encontrasteis los dos!
Fuiste con ella implacable!...
¡Fué ella ciega en su locura,
y has matado mi ventura!...
¡Mira si eres miserable!
DANIEL. *(Con expresion de ira.)*
¡Oh!
ALFREDO. Tengo echada mi suerte
y no escucho más razones.
DANIEL. ¿En mi camino te pones?...
¡Pues á muerte, Alfredo!
ALFREDO. ¡A muerte!
(Váse Daniel por el foro.)

ESCENA IV.

ALFREDO y despues un CRIADO por el foro.

ALFREDO. *(Como hablando con Daniel.)*
Busca pronto la ocasion;
si venciste por engaño,
no lograrás en mi daño
el triunfo de tu traicion.
(Bajando al primer término.)
¡Siempre igual el torpe vicio,
haciendo lo que esta vez!...
¡Exigir de la honradez

Alarma- 1.º 3.ª

imposible sacrificio!

CRIADO. *(Desde la puerta.)*
Fuera aguarda una enlutada
que por usté ha preguntado.

ALFREDO. ¿Dijo el nombre?

CRIADO. Lo ha callado.

ALFREDO. ¿Sabes quién es?

CRIADO. Va tapada.

ALFREDO. *(Aparte.)* ¡Si será!... ¡No puede ser!
(Refiriéndose á Beatriz.)
¿Qué vendría aquí á buscar?
(Alto al Criado.) Dile que puede pasar.
(El Criado se retira.)
¿Por qué siempre esa mujer
que fué mi encanto y mi gloria,
miro en torno, en mi agonía?...
¡Oh! ¡Para el dolor, tendría
que perderse la memoria!

apara. 1.º 3.ª

ESCENA V.

ALFREDO, y BEATRIZ por el foro.

BEATRIZ. *(Entrando.)* ¡Alfredo!...

ALFREDO. ¡Su voz, Dios santo!

BEATRIZ. *(Avanzando y levantándose el velo.)*
Perdona mi atrevimiento,
si vengo en este momento
á hacer mayor tu quebranto.
¡Sé que mi presencia ahora
no te es, Alfredo, muy grata;
sé que la pena te mata!...

ALFREDO. ¡Callad, por favor, señora!

BEATRIZ. ¡Sé que es mucho tu dolor
al mirarte de este modo!...
¡Sé que lo merezco todo!...

ALFREDO. ¡No más, no más, por favor!
No prolongues mi agonía
con recuerdos que aún adoro,
ni aumentes mi triste lloro

hiriendo así el alma mía.
¡Calla, y tenme compasion,
que sino vas á perderme!...
¡No quieras enloquecerme
recordando tu traicion!

BEATRIZ. ¡Compasion pides! Pues bien;
esa compasion te pido,
porque yo, Alfredo, he sufrido;
porque he llorado tambien!
¡Y es que ahora se levanta
en mi mente soñadora
la imágen aterradora
de aquella escena, y me espanta!
¡Que al recordarme anhelante
lo que en mi casa impediste,
el corazon tengo triste
y enrojecido el semblante!
¡Por eso tu compasion
hace poco te he pedido!...
(Suplicando.) ¡Tú que tanto me has querido,
concédeme tu perdon!

ALFREDO. ¡Mi perdon?... ¡Vana quimera!
¡Inútil ruego, á fé mía!
¡Perdonar! ¡Si no podría
áun cuando yo lo quisiera!
Es en vano suplicar.

BEATRIZ. ¡Cuánto, cuanto en mi dolor
he pensado en nuestro amor!

ALFREDO. ¡Y lo pudiste olvidar!
(Con profunda amargura.)
¡Aquellos días serenos
para el amor tan dichosos,
que pasaron presurosos
al mal y al dolor agenos!
¡Aquéllas plácidas horas
¡ay! que en dulces alegrías,
«te amo, Alfredo,» me decías,
«porque sé que tú me adoras!»
Lo inmenso que mi amor fué!...
¡La dicha que en sueños ví,
y la fé que puse en tí
cuando tanto te adoré!

¡Aquella ilusion querida!...
¡Aquel porvenir soñado,
por donde quiera sembrado
de flores, de luz, de vida!...
¡Todo ese cielo brillante,
lo dejaste oscurecido
por la nube del olvido
que pusiste por delante!
(Con desesperacion.)
¡Mal haya el destino fiero
que esto me guardaba á mí!...
¡Mal... pero vete de aquí
porque acordarme no quiero.
(Pequeña pausa.)

BEATRIZ. ¡Es verdad que yo olvidé
tu pasion y tu lealtad;
pero tambien es verdad
que mucho anoche lloré!
¡Si mi traicion no la niego!...
¡Si ya el porvenir me espanta!...
¡Si es mi desventura tanta
que de mí misma reniego!
(Con desesperacion.) ¿Por qué se dejó halagar
este ruin pensamiento,
y por qué en aquel momento
no me lo supe arrancar?
Tú has sido muy generoso,
muy bueno, Alfredo, y muy fiel.

ALFREDO. ¡Y tú fuiste muy cruel,
y tu amor muy engañoso!

BEATRIZ. *(Suplicando.)* ¡Oh! Tú me perdonarás,
que tu pecho es indulgente.

ALFREDO. ¡Si no es esto solamente;
si olvidaste mucho más!

BEATRIZ. ¡Oh! *(Con expresion de terror.)*

ALFREDO. Si olvidaste en mal hora
tu honradez y tu decoro,
aún á trueque de este lloro
que estás derramando ahora!
Si tú, con ansiedad loca,
y estando en tus brazos preso,
recibiste impuro beso

en esa tu impura boca!
¡Si fué tu delirio tanto,
que tal vez Satán te inspira!...
Si me parece mentira
tanta maldad, ¡cielo santo!

(Lo que Beatriz debe hacer en este momento, á medida que Alfredo le recuerda lo que ella ignoraba que supiese, queda encomendado al talento de la actriz.)

BEATRIZ. *(Aparte.)* Lo sabe. *(Alto.)* Yo no pensé...
ALFREDO. ¡Calla! no lo niegues, no;
advierte que lo ví yo
y que no me equivoqué.
BEATRIZ. *(Aparte.)* ¡Sólo me faltaba ser
á sus ojos deshonrada!
(Alto.) Juro...
ALFREDO. No jures por nada,
porque no te he de creer.
¡Tambien en otros momentos
juraste eterna pasion!...
Conque mira lo que son,
Beatriz, tus juramentos.
BEATRIZ. Piensa de mí cuanto quieras;
pero mi amor...
ALFREDO. ¡Por mi vida!
¡La que un puro amor olvida
es que no amaba de veras!
BEATRIZ. ¡Murió para mí tu amor?
ALFREDO. ¡Y pronuncias esta frase,
cual si no te degradase
el beso del seductor!
Tu pasion ya no me agrada.
BEATRIZ. Olvida... *(Suplicando y fuera de sí.)*
ALFREDO. Nó; ¡aunque quisiera!
La fuga no regenera...
¡deshonra mucho y degrada!
BEATRIZ. No recuerdes... *(Aparte.)* ¡Qué tormento!
ALFREDO. ¡En vano lo intentaría!...
Para olvidarlo, tendría
que arrancarme el pensamiento!
BEATRIZ. Repara...

ALFREDO. ¡Inútil quebranto!
De mí, compasion no implores,
BEATRIZ. *(Llorando.)* ¡Mi llanto, Alfredo!...
ALFREDO. No llores,
que es tambien falso tu llanto! *(Pausa.)*
BEATRIZ. ¡Nunca, Alfredo, lo pensé!
Pero miro con terror
que tu odio es mucho mayor
que aquel amor que olvidé.
(Con expresion de suprema angustia.)
De aquella negra traicion
aún hoy los lazos me oprimen!
¡Alfredo!... ¿qué no rediman
lágrimas del corazon?
ALFREDO. ¿Quieres que olvide de grado,
Beatriz, una triste historia
que ya me sé de memoria?
¿Qué no piense en lo pasado?
¿Pero acaso juzgas, dí,
que el olvidarlo es posible?
¿Ignoras que fuera horrible,
esta vida, para mí?
¿No repara tu porfía
que para aumentar mi pena,
la imágen de aquella escena
por doquier me seguiria?
¡Siempre el dolor con exceso
oprimiendo con sus lazos!...
¡Siempre viéndote en los brazos
del traidor!... ¡la fuga!... ¡el beso!...
¡Oh! No: ¡fuera muy cruel
y no lo quiero tampoco!...
Esto puede hacerlo un loco
ó algun vil, como Daniel.
BEATRIZ. Pues bien, Alfredo; ya veo
á lo que estás decidido.
A tu casa me ha traido
otro más grande deseo.
Está mi padre irritado
contigo.
ALFREDO. *(Con acento de sorpresa.)* ¿Por qué razon?
BEATRIZ. Porque en aquella ocasion

te encontrabas á mi lado.

ALFREDO. ¿Y piensa?... ¡Por Belcebú!
Dí pronto que ha sucedido.

BEATRIZ. Pues piensa que el atrevido
y el miserable eres tú.
(Movimiento de sorpresa en Alfredo.)
Y habla mucho, y habla fuerte
de mil proyectos que intenta;
de venganzas y de afrenta,
y de duelos y de muerte.
Tal vez no tarde en llegar
una respuesta á exigirte.
Sólo he venido á pedirte
que te calles.

ALFREDO. ¡Yo callar!

BEATRIZ. Que no sepa mi extravío
de un punto en que estuve loca,
y si á un duelo te provoca
que no lo aceptes.

ALFREDO. ¡Dios mío!

BEATRIZ. Que por mí no quiero ver
vuestra sangre derramada,
ni ver tu mano manchada,
ni á mi buen padre perder.

ANTONIO. *(Dentro.)* ¡Alfredo!...

ALFREDO. ¡El!...

BEATRIZ. *(Inquieta.)* ¡Mi padre, sí!...
Que no vea...

ALFREDO. ¡Trance horrible!...

BEATRIZ. Ocúltame. *(Aparte.)* ¡Qué terrible
expiacion!

ALFREDO. Espera allí.

(Indicándole la habitacion de la izquierda, en la cual entra Beatriz, cerrando tras sí la puerta.)

ESCENA VI.

ALFREDO, y DON ANTONIO por el foro.

(Entra precipitadamente, demostrando en su actitud que está inquieto por alguna cosa.)

ANTONIO. *(Con enojo.)* ¡Al fin te pude encontrar!
ALFREDO. ¿Me buscabais?
ANTONIO. Sí, á fé mía;
y con ansia esperé el día
por verte.
ALFREDO. Podeis hablar.
¿A qué debo la merced
de veros en este instante?
ANTONIO. ¿Nada ves en mi semblante
(Con indignacion.)
que te lo indique?
ALFREDO. Creed
que quien tiene por demás
honrada su condicion,
ni rehuye la ocasion,
ni se amedrenta jamás.
ANTONIO. ¿Conqué no temes tampoco?
ALFREDO. Teme... quien hizo algun mal.
ANTONIO. Tú lo has hecho.
ALFREDO. ¡Yo!... no tal.
ANTONIO. Alfredo, no me equivoco.
ALFREDO. Que sí, me atrevo á decir...
ANTONIO. Es inútil...
ALFREDO. Reparad...
ANTONIO. No me niegues la verdad..
ALFREDO. Pensad que no sé fingir...
ANTONIO. Pues finges...
ALFREDO. No...
ANTONIO. Desde luego...
ALFREDO. *(Con energía.)* ¡Don Antonio!
ANTONIO. ¡Inútil grito!...
ALFREDO. Que no fué mio el delito...
ANTONIO. Yo lo afirmo...

ALFREDO. Yo lo niego.
ANTONIO. *(Con expresion de ira.)* ¡Oh!
ALFREDO. Calmad vuestros enojos,
que al decíroslo mintieron.
ANTONIO. Es que mis ojos lo vieron.
ALFREDO. Pues vieron mal, vuestros ojos.
(Pausa. Todo este diálogo debe decirse con rapidéz y con enojo crecientes.)
ANTONIO. ¡Oh! ¡Me pasma tu osadía!
Así los traidores son;
cometen hoy la traicion
y niegan al otro día.
ALFREDO. Vuestro enojo moderad.
ANTONIO. Si en tus palabras no fío.
ALFREDO. Pues todavía confío
probaros...
ANTONIO. ¿Qué?
ALFREDO. La verdad.
ANTONIO. ¡Probar! ¡Vana confianza!
No es buena ocasion ahora.
ALFREDO. ¿Por qué?
ANTONIO. Porque solo es hora
para mi justa venganza.
(Mientras don Antonio dice lo que sigue, Alfredo demuestra en su actitud y en alguno que otro ademan que calla por fuerza, como recordando lo que le dijo Beatriz.)
Segun tú mismo decias
á Beatriz idolatrabas;
pero el engaño ocultabas
y no advertí que mentías.
Tú no ignorarás, de fijo,
que tanto y tanto te amé,
que ya te consideré
como si fueras un hijo.
Y de vuestra dicha en pos,
con anhelo natural
repartía por igual
mi cariño entre los dos.
Mas cesó tu noble afan
y tu amor que creí puro,
y resultaste perjuro

y atrevido.

ALFREDO. *(Aparte.)* ¡Por Satán!...

ANTONIO. El día de tu llegada
de Madrid, en tí fié,
y por mi mal te dejé
solo en aquella morada.
De Beatriz las ilusiones
mataste allí, en tu furor,
osando torpe á su honor,
mi nombre haciendo girones.
¿Callas... cuando hiciste alarde
de honradez en tu disculpa?
¡Pues callas, porque la culpa
es callada y es cobarde!

ALFREDO. Ya no callo ¡vive Dios!
(En un arranque de dignidad.)
porque así lo debo hacer,
y porque no quiero ser
ménos honrado que vos.
Y ya que así lo quereis,
yo os lo diré con exceso.
¡Hubo abrazos... hubo beso...
casi fuga!.. Ya lo veis.

ANTONIO. ¿Y confiesas de este modo?

ALFREDO. Si no era yo...

ANTONIO. Pues ¿quién? dí.

ALFREDO. Si lo vais á oir aquí...

ANTONIO. ¡Beso!... ¡abrazo!... ¡fuga!...

ALFREDO. ¡Todo!
(Pequeña pausa.)
A vuestra casa llegué:
esperé á Beatriz ansioso;
cuando llegó, presuroso
nuestro amor le recordé.
Le hablé de la pasion mía
con vehemencia y con fé ardiente,
y se mostró indiferente,
sin amor, callada y fría.
Al inquirir la razon,
transida el alma de pena,
Beatriz, con faz serena,
cual si no hiciera traicion,

siendo conmigo cruel,
sin turbarse, con gran calma,
dijo que con toda su alma
idolatraba á Daniel.

(Movimiento de sorpresa en don Antonio.)

De vuestra casa marché...
pensé que algo se tramaba...
ví á Daniel que en ella entraba...
le sigo... y en ella entré.
En el salon ya no estaban...
escucho... ¡me inspira Dios!...
acudo... oí que los dos
una fuga preparaban.
Del delirio en el exceso,
Daniel, con loca ansiedad,
no por amor, por maldad,
dejó en sus labios un beso.
Salen... mi mente delira...
me escondo... quieren huir...
y al decidirse á partir
grité yo «infames» con ira.
Mi presencia les dá espanto...
escapar ella desea...
la sujeto... forcejea...
y Daniel huyó entre tanto.
¿Este fué el primer desliz?
Yo no debo saber nada:
indagad vos si es honrada
ó si es impura Beatriz.

ANTONIO. Y te atreves á manchar
mi buen nombre de este modo?

ALFREDO. Quisisteis lodo... ¡pues lodo!
La verdad no he de ocultar.

ANTONIO. ¡Que á tal tu lengua se atreva!...
Una prueba, desdichado.

ALFREDO. *(Con altivez y golpeándose el pecho.)*
¡Cuando el hombre... es hombre honrado,
es su palabra la prueba!
(Con entusiasmo creciente.)
Y advertid que sin razon
me hieren vuestros enojos;
que asomando está á mis ojos

airada la indignacion;
que lo dicho no es mentira;
que lo narrado es un hecho,
y que ya siento en mi pecho
centelleos de la ira!
Basta pues, de necio alarde,
que si me habeis insultado,
y á callar me he resignado
apareciendo cobarde,
lo debeis, aunque os aflija,
á Beatriz.

ANTONIO. *(Sorprendido.)* ¿A mi hija?

ALFREDO. Sí.
Aquí se lo prometí,
no hace mucho, á vuestra hija.

ANTONIO. ¡Qué audacia se necesita!
¿Y esta prueba que aquí tengo?
(Sacando una carta.)
Lo dicho, Alfredo, mantengo:
esta carta lo acredita.

ALFREDO. ¿Una carta? *(Con expresion de sorpresa.)*

ANTONIO. Ya lo ves.
Toma y te convencerás.

ALFREDO. *(Con ansiedad.)* Dadme.

ANTONIO. No te atreverás
á negármelo despues.

(Don Antonio le entrega la carta, que Alfredo toma y abre precipitadamente, aterrado ante la idea de que aquello pueda ser una calumnia inventada por Daniel. Como lo requiere la situacion en que se halla, Alfredo leerá la carta con ansiedad creciente hasta que llega á pronunciar su nombre con expresion de asombro y de terror profundo. Este momento queda, sin embargo encomendado al actor.)

ALFREDO. *(Leyendo.)* «Por mucho que ello os aflija
»sé que os lo debo decir.
»Hoy tratan de seducir,
»don Antonio, á vuestra hija.
»Ved que ese nuevo desliz
»hay que evitar, y al malvado

»detener, porque ha engañado
»otras veces á Beatriz.
»Ya sé que os causará horror
»y no lo querreis creer;
»pero vos debeis saber
»que es Alfredo el seductor.»
¡Miente, miente este papel!
¿Y estaba?...

ANTONIO. En mi mesa.

ALFREDO. ¡Oh!
Es la carta que escribió
en el despacho Daniel.

ANTONIO. ¡Alfredo?

ALFREDO. *(Fuera de si.)* ¡Callad, por Dios!
Muy presto aquí nos veremos,
y lo nuestro arreglaremos
del modo que exijais vos.
Ahora... con ansia febril
le busco, le hallo enseguida,
y le arrancaré la vida
por miserable y por vil.

(Váse Alfredo por el foro. Don Antonio le sigue hasta la puerta, y se detiene á mirar la direccion que Alfredo toma, hasta que oye la voz de Beatriz.)

ESCENA VII.

DON ANTONIO, y BEATRIZ por la izquierda.

BEATRIZ. *(Saliendo.)* ¡Padre!

ANTONIO. *(Con asombro.)* ¡Beatriz!

BEATRIZ. Yo soy, si.

ANTONIO. ¿Qué te pudo aquí traer?

BEATRIZ. ¿No aciertas á comprender
por qué me encuentras aquí?

ANTONIO. *(Con enojo.)* ¿Qué buscas en esta casa?

BEATRIZ. Cesa en tu enojo profundo.

ANTONIO. ¿Qué piensas que dirá el mundo
cuando sepa lo que pasa?
Que Alfredo es tu seductor

se dice y se ha repetido;
y al saber que aquí has venido
tomará cuerpo el rumor.
Se abultará, no te asombre,
lo que yo ví en mi morada,
y quedarás tú manchada
y deshonrado mi nombre.

BEATRIZ. Tanta calumnia maldice
mi labio!... ¿Cómo llegó
al mundo, lo que él no vió?

ANTONIO. Yo no lo sé; mas se dice.
Y riendo, y sin enojos;
muchas veces sin la prueba,
que la sociedad se ceba
del honor en los despojos,
aunque razon no tuviera;
que en esto, debes saber
que se complace en creer
y en propalar lo que oyera.

BEATRIZ. No aumentes mi desconsuelo,
padre, con tanto rigor.
Vine...

ANTONIO. *(Con impaciencia.)* ¡Acaba, por favor!

BEATRIZ. Pues vine á evitar un duelo.
Anoche te oí hablar fuerte;
escuché lo que decias,
y gritando repetías:
«¡mucho ódio!... ¡venganza!... ¡muerte!...»
Despues, padre, ¡tuve miedo!...
Recorrías tus salones,
profiriendo maldiciones
y nombrando mucho á Alfredo.
«Aquí está la prueba escrita...»
decías más irritado.
«El infame lo ha intentado...
esto, esto lo acredita.»
Yo por tu vida temí;
mil cosas tristes pensé,
y al escucharte lloré,
y ¡mucho, mucho sufrí!
Y pensando bien que hoy
á ver á Alfredo vendrías

y un duelo concertarías,
por evitarlo aquí estoy.
Porque no quiero que mueras...
porque no quiero perderte...
porque siempre quiero verte
¡muy feliz!... ¡Si tú supieras
cuánto te amo!... ¿No hice bien?
Toda la verdad te ofrezco
y creo que no merezco
que me trâtes con desden.

ANTONIO. ¡Desdichada! No pretendas
engañarte ni engañarme;
no trates, no, de ocultarme
mi deshonra, ni me vendas.
Más sacrificios no exija
de mí, quien no lo merece,
que siempre un padre aborrece
al seductor de su hija.

BEATRIZ. ¿Y es Alfredo? ¡No, eso no!
¡probada está su honradez!
¡El!...

ANTONIO. Acaba de una vez.

BEATRIZ. Quién te lo dijo mintió.
¡Le han calumniado!... No seas
tú tambien calumniador.
¡Alfredo... mi seductor?
No lo creas... no lo creas!

ANTONIO. ¿Fué Daniel? (*Aparte.*) ¿Será verdad
lo que Alfredo ha dicho aquí?
(*Alto.*) ¿Fué Daniel? Responde.
(*Beatriz, viendo que su padre acusa á Alfredo de una traicion que no ha cometido, y no queriendo que éste quede bajo el peso de tamaña acusacion, contesta afirmativamente, si bien con mucha turbacion, á la pregunta de don Antonio:*)

BEATRIZ. Sí...
Pero...

ANTONIO. Cesa. (*Interrumpiéndola con enojo.*)

BEATRIZ. ¡Por piedad!

ANTONIO. ¿Con que es cierto? (*Aparte.*) ¡Desdichado!

BEATRIZ. ¡Padre! perdona el agravio.

ANTONIO. Que no pronuncie tu labio
ese nombre tan sagrado.
BEATRIZ. ¿Es tu rencor tan profundo
para quien tanto te adora?
ANTONIO. Si yo mismo juzgo ahora
verdad lo que dice el mundo!
BEATRIZ. *(Aparte.)* ¡El tambien!
ANTONIO. Vamos de aquí.
ANDRÉS. *(Dentro.)* ¡Alfredo! ¡Alfredo!
BEATRIZ. *(A su padre con expresion de terror.)*
¿Quién es?
ANTONIO. Ya no es tiempo. Don Andrés
se acerca.
BEATRIZ. *(Viendo entrar á don Andrés.)* Don Andrés, sí.

ESCENA VIII.

DICHOS, y DON ANDRÉS por el foro.

BEATRIZ. *(A don Antonio.)* Que no sepa lo que pasa.
ANDRÉS. *(Avanzando.)* ¿Ustedes?... ¡tanto favor!...
¿Sabré á qué debo el honor
de verlos en esta casa?
BEATRIZ. *(Con turbacion.)* Nada de interés...
ANDRÉS. Creía...
ANTONIO. Cierta cuestion reservada...
de una dama.
ANDRÉS. ¿Está arreglada?
ANTONIO. Con Alfredo hablar quería.
ANDRÉS. ¿No está en casa?
ANTONIO. Volveré...
(Aparte.) Me vende la turbacion.
(Alto.) En más propicia ocasion...
ANDRÉS. *(Aparte, con asombro.)* ¿Qué pasa aquí?
ANTONIO. Ya os dire...
ANDRÉS. Si acaso os puedo servir...
BEATRIZ. *(Aparte.)* ¡Qué tormento!
ANTONIO. Muchas gracias.
No me gusta mis desgracias
con ninguno compartir.
ANDRÉS. Como gusteis; más no insisto.

ANTONIO. Vamos, Beatriz.
BEATRIZ. *(Saludando.)* Don Andrés...
ANDRÉS. *(Aparte.)* ¡Es extraño!
ANTONIO. *(Saludando.)* Hasta despues.
(Se dirigen hácia el foro, y retroceden de pronto al ver aparecer en la puerta á Daniel.)
BEATRIZ. *(Con asombro.)* ¡Daniel!
ANTONIO. *(Lo mismo.)* ¡Daniel! ¡Vive Cristo!

ESCENA IX.

DICHOS, y DANIEL por el foro.

(Este dá algunos pasos al entrar y se detiene. El órden de los personajes es, de izquierda á derecha, el siguiente: Beatriz, don Antonio, Daniel cerca del foro y don Andrés á la derecha.)

ANDRÉS. *(A Daniel.)* ¿Qué viene usted á buscar?
DANIEL. *(Movimiento de asombro en don Andrés.)*
A Alfredo buscando vengo.
¿Qué os asombra? Con él tengo
cierta cuenta que saldar.
Por él no soy venturoso
con el amor de Beatriz;
por él me siento infeliz
al no poder ser su esposo;
por él en dolor profundo
miro trascurrir mi vida,
con la esperanza perdida
de ser feliz en el mundo.
ANTONIO. *(A Daniel.)* ¡Oh! Me asombra tu cinismo,
y extraño que al escucharte
no se abra, para tragarte,
bajo tus piés el abismo!
DANIEL. *(A don Antonio.)* Ved...
ANTONIO. ¡Inútil fingimiento!
¡Si ya lo he sabido todo!...
DANIEL. ¿Sabeis?...
ANTONIO. ¡Que echaste en el lodo

mi nombre, en tu atrevimiento!

DANIEL. Mienten.

ANTONIO. ¡Mienten!... ¿y ella llora?
(Aparte á Beatriz.) Tu castigo es merecido.
(A Daniel.) Sabes que nunca he mentido,
ni miento tampoco ahora.

DANIEL. *(Como si de pronto le hubiera acudido una idea.)* ¡Ah! ¡Todo, todo lo colijo!
En tanto que yo venía
infamias de mí os decía.
(A don Antonio por don Andrés.)
Es lo mismo que su hijo.
(A don Andrés.)
No estrañeis, pues, que reclame
respuesta en otro terreno.

ANDRÉS. *(A Daniel.)* ¡Miserable!

ANTONIO. *(A Daniel.)* ¡Fuera bueno!
No con él; conmigo, ¡infame!
Yo la ofensa recibí;
yo he de vengar el agravio.

DANIEL. Mas...

ANTONIO. Sella tu torpe labio
y vamos pronto de aquí.

DANIEL. Puesto que lo sabeis,
dais, don Antonio, por cierto,
vamos; porque solo muerto
el secreto callareis.

ANDRÉS. *(Queriendo impedir que don Antonio salga y tratando de detenerle.)* ¡Don Antonio!...

BEATRIZ. *(Queriendo sujetar á su padre.)* ¡Padre!...

ANTONIO. ¡No!
¡Ya su sangre necesito!...

BEATRIZ. *(Baja al primer término y dice con ademan de súplica.)* ¡Ten piedad, Dios infinito!

ANDRÉS. *(Como indicando á don Antonio que él tambien quiere salir.)* Yo tambien...

ANTONIO. Me basto yo.
(Don Antonio indica á Daniel que salga, y vánse ambos por el foro.)

ESCENA X.

BEATRIZ y DON ANDRÉS,

(Beatriz, como continuando la súplica, y sin reparar que su padre ha salido, se hinca de rodillas, y exclama:)

BEATRIZ. ¡Piedad, piedad, Vírgen pura!
¡Por el que murió en la cruz
envía un rayo de luz
que ilumine esta negrura!
(Se vuelve rápidamente, y al ver que no está su padre se levanta y corre precipitadamente hácia el foro. Don Andrés la detiene brevísimos momentos; solo el tiempo que emplea en decir los dos últimos versos del acto.)
(Levantándose.)
¡Padre!... ¡Mi sangre se inflama!...
(Dirigiéndose al foro.) ¡Padre!... ¡padre!...

ANDRES. *(Deteniéndola.)* ¿Dónde vais?

BEATRIZ. *(Con desesperacion.)*
¡Y vos me lo preguntais?
¡Donde el deber me reclama!
(Consigue desprenderse de don Andrés y vase precipitadamente por el foro.)

TELON.

ACTO TERCERO

La misma decoracion del acto primero.

Caparó.

ESCENA I.

BEATRIZ.

(Al levantarse el telon está Beatriz cerca de la puerta de la izquierda, mirando hácia el despacho de don Antonio. Despues de observar atentamente un momento se aparta.)

¡Nada! Por doquiera el llanto,
el odio, el desden, la pena...
lo que mi alma envenena...
lo que me produce espanto...
lo que me causa pavor,
porque me hace presagiar
¡todo un mundo de pesar!
¡todo un mundo de dolor!
De mi padre los enojos
sufriendo constantemente.
¡Ya le soy indiferente!...
¡Ya no me miran sus ojos!...
Alfredo, sin amor, frío,
¡creyéndome deshonrada!...
¡Por doquiera rodeada
de indiferencia y de hastío!

¿Tan grave mi falta fué?
¿Tanto y tanto delinquí?
¿Por qué me tratan así?
¿Por qué les falta la fé? *(Pequeña pausa.)*
Todos se alejan de mí
dejándome abandonada.
(Dirigiendo los ojos al cielo.)
¡Ay madre! ¡Madre adorada!
¡Cuánto me acuerdo de tí!
¡Cuánto en mi dolor impío
y en mi triste desventura
contemplo tu imágen pura!...
No me abandones, ¡Dios mio! *(Pausa.)*
Ya es forzoso algun remedio
buscar de cualquier manera.
(Pensativa.) Si yo encontrarlo pudiera...
Si Daniel... Ya tengo un medio.
Le escribiré sin demora,
le diré mi situacion,
y hasta que mi corazon
por él suspira y le adora.
(Se sienta á la mesa que habrá á uno de los lados, y se dispone á escribir. Pero de pronto, como si temiese algo, se detiene.)
(Dudando.) ¡Sé que miento, y me dá horror!
pues ya el mentir me lo inspira!...
(Decidiéndose.)
Mas ¿qué importa esta mentira
si puedo salvar mi honor?
(Escribiendo.) «Daniel: en vano procuro
»á mi padre convencer,
»pues no me quiere creer
»por más que yo se lo juro.
»¡Siempre me mira irritado...
»ya me niega sus abrazos,
»y al tenderle yo los brazos,
»me rechaza de su lado!
»Mi corazon, que te es fiel,
»y que suspira por tí,
»te suplica desde aquí
»que te presentes, Daniel.
»Así tú le harás feliz

»diciéndole la verdad.
»No dudes de la lealtad
»de quien te quiere.»—Beatriz.
¡Ah! ¡No sé si triunfaremos!...
¡Tal vez su enojo modere
mi padre, si al fin me quiere!
Con probarlo ¿qué perdemos?
(Toca un timbre y aparece un Criado en la puerta del foro.)
(Levantándose.) Julian, toma este papel:
sabes que contigo cuento;
y sin perder un momento
lo entregas á don Daniel.
(El Criado toma la carta, saluda y se retira.)
Si de este modo se alcanza
lo que el corazon desea,
¡bendita la carta sea!
Aún tengo alguna esperanza.

ESCENA II.

BEATRIZ y DOÑA CLARA, que sale por la puerta de la izquierda, segundo término.

BEATRIZ. ¡Ah! ¿Eres tú? *(Reparando en doña Clara.)*
CLARA. Beatriz, soy yo.
¡Siempre tan triste y llorosa!
¡Ya sé que no eres dichosa!
BEATRIZ. ¡Dichosa! ¡No, tia, no!
¡Ni cómo serlo pudiera
si es tanta mi desventura!
CLARA. Pues mira, Beatriz, procura
no pensar de esta manera;
que así aumentas tu quebranto
y haces tu pena mayor.
BEATRIZ. Es que me siento mejor
cuando puedo verter llanto.
CLARA. Pero no puedes estar
siempre llorando, Beatriz.
BEATRIZ. ¡Deja que llore! ¡Infeliz
del que no puede llorar!

¡Pobre del que en sus enojos,
en su mal ó en su afliccion,
tiene herido el corazon
y tiene secos los ojos!
¿No ves el agua del mar
que se evapora hasta el cielo,
cómo al descender al suelo
dulce la vemos bajar?
Pues deja que se evaporen
las lágrimas que aquí siento;
deja que en este momento
estos ojos mios lloren!
¡Deja que llore aquel hecho
que mi buen padre condena!...
Deja que endulcen mi pena
las lágrimas de mi pecho!... *(Llorando.)*

CLARA. Aún puedes dichosa ser.

BEATRIZ. En vano tu voz lo augura.
¡Pocas veces la ventura
nos huye para volver!
De léjos se ve brillar
radiante, pura y hermosa,
y el alma vá presurosa
esa ventura á alcanzar,
porque sus bellos colores
nos halagan, y anhelamos
el porvenir que forjamos
lleno de luz y de flores.
¡Y cuando tras largos dias
de lucha y lucha incesante,
disfrutamos un instante,
á medias, sus alegrias,
por motivo bien pequeño
la vemos pronto marchar,
y viene solo á durar
poco más que dura un sueño!
Luego... ¡el dolor! que en verdad
no deja nunca su puesto;
pero ¡ay! en cambio ¡cuán presto
huye la felicidad!

CLARA. No más te aflijas así;
tu padre triste ha quedado...

BEATRIZ. ¡Ay! mi padre me ha olvidado!
(Con interés.) ¿Te ha preguntado por mí?
Cuando nada de tí escucho
nada dijo en su quebranto,
¡Tambien él derrama llanto!...
¡Tambien él padece mucho!
CLARA. Huyen hoy las alegrías.
BEATRIZ. Por desgracia es la evidencia.
CLARA. Pero ántes...
BEATRIZ. ¡Qué diferencia
entre aquellos y estos dias!
Vivia mi santa madre,
y á lo largo y hasta el fin
del paseo del jardin
(Señalando á la derecha.)
nos íbamos con mi padre.
Regaba allí muchas flores
en hermosura rivales,
de perfumes celestiales
y de brillantes colores.
Entre las flores, gozosas
jugueteando volaban
y sus cálices libaban,
las pintadas mariposas.
Y cuando con ansia pura
aprisionarlas quería,
la mariposa me huía
como me huyó la ventura.
Luego... corría á la fuente
muy alegre y muy deprisa,
y sentía que la brisa
besaba mi pura frente.
Al ver tan dichosa vida
mis buenos padres, gozando
me animaban más. Y cuando
de la tarde á la caida,
al fin ansiosa tornaba
á donde estaba mi madre,
me abrazaba mi buen padre
y mi madre me besaba.
¡Todo, todo sonreía
ántes, y con loco anhelo,

forjábame todo un cielo
inundado de alegría!

CLARA. ¿Te juzgas tan desgraciada?

BEATRIZ. ¿Qué me resta ya en la vida,
(Con profundo desconsuelo.)
por Alfredo aborrecida
y de mi padre olvidada?

CLARA. El cielo no es tan cruel
y al cabo se compadece.
¿Tambien Daniel te aborrece?

BEATRIZ. ¿Qué me importa de Daniel?
¡Yo amaba á Alfredo; le amaba,
y á mi amor correspondía,
y si constancia pedía
constancia eterna juraba!
Una vez, y dos, y ciento,
tambien constancia juró;
pero Alfredo no faltó
y falté yo al juramento.
Pero falté por tu culpa;
al fin decirlo debía.

CLARA. Repara que yo quería...

BEATRIZ. Nada, nada de disculpa.
Tú misma, en este salon,
con empeño sin igual,
cual si fuera criminal
mataste aquella pasion,
pintando de Daniel, sí,
su amor, su inmensa grandeza,
y la maldita riqueza
que guardaba para mí.
¡El robó mis alegrías,
que eran mi preciado bien;
pero mira, tú tambien
has amargado mis dias!
¡Tú me has herido de muerte
con tanta y tanta porfía!...
Yo, lo confieso, debía,
no adorarte, aborrecerte.

CLARA. Confieso mi inadvertencia;
pero yo no sospechaba.....

BEATRIZ. ¿Tambien á tí te engañaba?

¿De qué sirve la experiencia?
Lo debias conocer...
Por mí debiste velar,
y por doquiera indagar
de Daniel el proceder.
Y si á pesar de tu edad
no conoces los engaños,
¿de qué te sirven los años
si no adviertes la maldad?

CLARA. ¡Hija, tu enojo modera
y á mis súplicas accede!

BEATRIZ. ¡Hija? ¡Una madre procede
de muy distinta manera!

CLARA. No más mi pecho taladres,
que así mi vida envenenas!

BEATRIZ. *(Con expresion de supremo dolor y dirigiendo los ojos al cielo.)*
¿Por qué, cuando son tan buenas,
mueren tan pronto las madres? *(Pausa.)*

CLARA. ¿Y Alfredo?

BEATRIZ. Lo ignoro á fé.
A Daniel sé que buscaba.

CLARA. ¿Sabes lo que deseaba?

BEATRIZ. Muy irritado se fué.
Desde entónces no le he visto.

CLARA. ¿Quién sabe qué intentaria?

BEATRIZ. Alguna razon tendría.
(En este momento aparece Alfredo en la puerta del foro, y al ver que no está Daniel en el salon, dice con mucho enojo el siguiente verso.)

ESCENA III.

DICHAS, y ALFREDO por el foro.

ALFREDO. *(Aparte.)* Ni aquí tampoco. ¡Por Cristo!
(A medida que Alfredo avanza, Beatriz y doña Clara, sin reparar en él, continúan el diálogo.)

BEATRIZ. Porque Alfredo no es cruel

sin motivo.

CLARA. En conclusion.

BEATRIZ. Ya sabremos la razon.

(En este momento oyen pasos cerca, y al volverse y reparar en Alfredo, exclaman sorprendidas:)

CLARA. ¿Pero quién? ¡Alfredo!...

BEATRIZ. ¡Él!...

(Pausa. Despues de haber reparado en Alfredo y de hablar con expresion de asombro, vuelven la cara y permanecen unos momentos en silencio.)

ALFREDO. *(Mirando alternativamente á Beatriz y á doña Clara.)*
¿Vengo á molestar? Parece,
cuando callan, que acerté.
(A doña Clara.) Me presento, aunque ya sé,
señora, que me aborrece.
Sé que usté el odio encendió
en el pecho de Beatriz
hácia mí, que fuí feliz
hasta que ella me faltó.
Que hizo brotar, en mal hora,
en su mente entonces pura,
la ambicion, ó la locura,
ó no sé lo qué, señora.
Sé que mató su pasion
que dichas me prometía;
sé que á Daniel prefería
por egoista razon;
sé que en pos de su dinero
á esta niña aconsejaba
que le amara, y ella amaba
no á Daniel, al...

CLARA. *(Con enojo.)* ¡Caballero!

ALFREDO. Por eso, porque lo soy
y porque siempre lo he sido,
por eso hasta aquí he venido,
por eso en su casa estoy.
Porque es mi condicion tal,
que si mal en ello hubiera
yo sé bien que no viniera;

pero ahora no hago mal.

BEATRIZ. *(Suplicando.* ¡Alfredo!

ALFREDO. Mi corazon
un desahogo quería,
y en verdad que no tendría,
Beatriz, mejor ocasion.
(Con marcada intencion á doña Clara.)
Yo era rico, poderoso,
á Beatriz idolatraba,
y al amarme ella, forjaba
un porvenir venturoso.
La dicha me sonreía,
y en mi pasion y en mi anhelo
juzgaba su amor un cielo
sin una nube sombría.
Amor de eterna memoria,
tan bello y tan anhelado,
que yo no hubiera cambiado
aquel amor por la gloria.
Pero como usted no ignora
que es caprichosa la suerte,
y que jamás nos advierte
si intenta sernos traidora,
sucedió, por nuestro mal,
y ya el mundo así lo cuenta,
que una quiebra fraudulenta
nos robó aquel capital.
¡Ella faltó á la lealtad;
pero usted la aconsejó,
y el consejo la llevó
á la deshonra, en verdad!
¡Usted, que no la quería
y que contrarió á su padre;
usted, que no era su madre
y su corazon vendía,
prefirió en tiempo pasado,
permitid que así le llame,
la riqueza de un infame
al amor de un hombre honrado!

BEATRIZ. ¡Silencio, Alfredo, por Dios!

ALFREDO. ¡Y tú me mandas callar?

BEATRIZ. ¿No ves que vas á aumentar

la desgracia de los dos?

CLARA. *(A Alfredo.)* No pensé que de este modo...

BEATRIZ. Disculpa su noble afan...
(A doña Clara por Alfredo.)

ALFREDO. Es que ya rodando van
nuestros nombres por el lodo.

CLARA. Pero ¿es posible?

ALFREDO. Lo es.

BEATRIZ. Y ¿hablan mucho?

ALFREDO. Mucho y fuerte.

BEATRIZ. Y ¿me rebajan?...

ALFREDO. De suerte
que más no cabe.

BEATRIZ. *(A doña Clara con desesperacion.)* ¡Lo ves?

CLARA. ¡Mentira, de todos modos!

ALFREDO. Lo será, más se murmura.

BEATRIZ. ¿Y se dice?...

ALFREDO. Se asegura.

CLARA. Y ¿lo dicen muchos?

ALFREDO. Todos.

CLARA. Y ¿quién es el imprudente?...

BEATRIZ. *(Suplicando.)* Dilo, Alfredo.

CLARA. *(Lo mismo.)* ¡Por favor!...
¿Quién inventó ese rumor?

ALFREDO. Daniel.

CLARA. ¡Daniel!

BEATRIZ. ¡Dios clemente!

ALFREDO. *(A Beatriz.)* Tú misma, tú lo verás!...

CLARA. Pero ¿quién pensar podría
que á tanto se atrevería?

ALFREDO. Pues se atrevió á mucho más.

CLARA. Pero ¿qué cuenta?

ALFREDO. ¡Qué cuenta?
Lo que es propio de su oficio...
lo que contar puede el vicio...
¡reparte lodo y afrenta!

CLARA. ¿Mas él?...

ALFREDO. No se ha contentado
con ella su audacia loca, *(Por Beatriz.)*
y ha manchado con su boca
un nombre que es nombre honrado.
Si abandonais el salon

y recorreis Barcelona,
oireis lo que pregona
la nécia murmuracion.
Salid de aquí; los salones
recorred de la ciudad;
salid de aquí, y preguntad
en todas las reuniones;
en ese ó en otro punto,
donde quiera que haya gente,
y escuchareis solamente
que hablan todos de este asunto.
Y con singular placer
y riendo á carcajadas,
las honras dejan manchadas
de un hombre y de una mujer.
No para aquí su osadía
ni su afan de calumniar,
que puestos á murmurar
murmuran más todavía.
Porque con frase atrevida
ya dicen, en su furor,
que yo soy el seductor
y Beatriz la seducida!
Preguntad por el cruel
que esa calumnia ha esparcido,
y os dirán que el atrevido
y el miserable es Daniel.

BEATRIZ. ¡Jesús!

CLARA. ¡Cuánto atrevimiento!

BEATRIZ. ¡Cuánto sufro, madre mía!

CLARA. ¡Cuán vil!...

ALFREDO. ¡Eso les decía
eso!...

BEATRIZ. ¡No sé lo que siento!
(A Alfredo.) Oye. *(Ap.)* ¡La pena me mata!

CLARA. *(A Beatriz.)* ¡Calla!

BEATRIZ. *(Con desesperacion.)* No es posible ahora!
¿No oiste que nadie ignora
esa calumnia insensata?
(A Alfredo.) Oye, y por última vez
pregunto, aunque no he dudado.
¿Es verdad que él ha manchado

de este modo mi honradez?
¿Qué infame, torpe y traidor
llegó á tanto su osadía,
que al arrastrar la honra mía
arrastró tambien tu honor,
y rodaron nuestros nombres
por el cieno confundidos,
manchados y envilecidos?

ALFREDO. Es verdad, aunque te asombres.
¡Sólo las felicidades
la honradez las puede dar!...
En cambio ¿qué ha de engendrar
el vicio, sino maldades?

BEATRIZ. Pues bien; yo, Alfredo, sabré
proceder cual corresponde.
Dime, dime dó se esconde,
y yo á los dos vengaré.

ALFREDO. ¡Tú no! Si he de ser yo mismo
quien castigue tal agravio;
si yo he de sellar su labio
al hundirle en el abismo!

BEATRIZ. Mira que de esta manera...

CLARA. ¡Beatriz!... *(Como reconviniéndola.)*

ALFREDO. ¡Si no puede ser!
Si no podría acceder,
aún cuando acceder quisiera.
¡Si ha sido aún más cruel
conmigo ese desdichado!
Lo que aquí yo os he contado
lo escribió en este papel.
(Saca la carta que le entregó don Antonio en el acto segundo.)

BEATRIZ. *(Aterrada.)* ¿Pero es posible? ¡Dios mio!

ALFREDO. Tú misma lo podrás ver.
Toma.

BEATRIZ. ¡Me hace estremecer!

ALFREDO. Acaba.

BEATRIZ. ¡Yo desvarío!
(Beatriz toma la carta, la abre precipitadamente y se acerca á la mesa á leerla. La lee para sí, del modo que requieren la situacion en que se encuentra el contenido de la

carta. Alfredo demuestra en su actitud que está esperando con ansiedad, y lo mismo doña Clara. Beatriz, á medida que va enterándose del contenido de la carta, dice los cuatro versos siguientes de la manera que requieren las circunstancias en que se halla. El presente momento queda al talento de los actores.)

¡Jesús!... ¡A mi padre!... ¡Sí!...
¡Qué veo?... ¡Dios de piedad!...
¿Se concibe... tal maldad?...
¡Cruel!... ¡cruel!... ¡Ay de mí!... *(Pausa.)*

(Beatriz, acabada la lectura de la carta se deja caer en una silla.)

¡Su letra! ¡Su mano impía
estos renglones trazó!

(De pronto, como si le hubiera acudido alguna idea repentinamente, se levanta y se dirige con precipitacion hácia Alfredo, y le pregunta desesperada.)

¿Quién esta carta te dió?

ALFREDO. Tu padre, en la casa mía.

BEATRIZ. ¡Oh! Pues oye; este papel
que me lo dejes espero.

CLARA. ¿Qué intentas?

BEATRIZ. ¡Qué intento? Quiero
humillar al vil ante él.

ALFREDO. Eso mismo quiero yo.

BEATRIZ. Es que aquí debe venir,
y yo podré conseguir...

ALFREDO. Le esperaré; pero no.
Le buscaré sin tardanza
y puede ser que le vea...
deja que para mí sea
toda entera la venganza!

(Le arrebata la carta á Beatriz.)

BEATRIZ. ¿Y si no puedes hallarlo?

ALFREDO. Volveré; que es muy profundo
mi rencor, y al fin del mundo
iría por encontrarlo.

(Váse Alfredo apresuradamente por el foro. Beatriz le sigue hasta la puerta, y despues

de un momento baja con precipitacion al primer término, donde habrá quedado doña Clara.)

ESCENA IV.

BEATRIZ y DOÑA CLARA.

(Con ansiedad.)

CLARA. ¿Pero el papel que te ha dado?...
BEATRIZ. ¡Si no lo puedes pensar!
¡Si no puedes calcular
lo que escribió ese malvado!
CLARA. ¿Pero á tanto se ha atrevido?
BEATRIZ. ¿A qué no se atreve él?
CLARA. Pero ¿qué hay en el papel?
BEATRIZ. ¡No sé cómo lo he leido!
¡Infamias!... ¡lodo!... ¡mentira!...
¡calumnias, en puridad!...
¡lo que engendra la maldad!...
¡lo que Satanás inspira!...
¡Lo que hiere!...
CLARA. ¡Vamos!... ¡calma!...
BEATRIZ. ¡Lo monstruoso!... ¡lo horrible!...
¿Calma, dices? ¡Imposible!
¡Venganza! Eso pide el alma.
Lo que aquí Alfredo contó
está en el papel maldito;
y Daniel, porque él lo ha escrito,
á padre lo dirigió.
¡Y en él le dice el traidor,
con sin igual osadía,
que engañarme pretendía
Alfredo, mi seductor!
¡Y loco, vil é implacable
dice más; con mano osada
puso que estoy deshonrada
por Alfredo!... ¡Miserable!
No lo creas, tia, no...
Daniel no dijo verdad...
ni hay en mí tanta maldad,

ni á mí Alfredo me faltó.
¡Si mintió su impura boca!...
¡Deshonrada!... ¡Desvarío!...
¡Yo deshonrada!... ¡Dios mío!...
¡Si creo que ya estoy loca!...

(Beatriz, estremadamente agitada y nerviosa, prorumpe en una risa convulsiva que dura breves momentos, despues de la cual rompe en amargo llanto, y permanece así hasta que se oye dentro la voz de don Antonio. Al oirla Beatriz, dá el primer grito mirando hácia el punto de donde salió la voz ó lo que es igual, hácia la habitacion de la izquierda, primer término, por donde sale don Antonio despues que Beatriz ha dicho «mi padre del alma.» Entonces Beatriz, al ver á su padre, dice su verso y se arroja en sus brazos.)

CLARA. ¡Me asustas en este estado!...
¡Vuelva á tu pecho la calma!

ANTONIO. *(Dentro.)* ¡Beatriz!

BEATRIZ. *(Mirando hácia el despacho.)*
¡Mi padre del alma!
¡Padre!... ¡Mi padre adorado!
(Se arroja en los brazos de don Antonio.)

ESCENA V.

DICHAS, y DON ANTONIO por la izquierda, primer término.

ANTONIO. ¿Qué te ha sucedido?

BEATRIZ. ¡Nada!...

ANTONIO. En vano lo negarás.
¡Te veo pálida! Estás
temblorosa y agitada.

BEATRIZ. ¡Si... no es... nada!

ANTONIO. ¡Todavía!

BEATRIZ. *(Aparte.)* No sé si debo callar,
ó si le debo contar
lo que sufre el alma mía!

CLARA. *(A don Antonio.)* No te empeñes, nada fué.
BEATRIZ. *(Lo mismo.)* ¿No te lo dije?
ANTONIO. Pues mira;
sospecho que eso es mentira.
¿Verdad que lo adiviné?
Esa mortal palidez,
la ausencia de tu sonrisa,
esa palabra indecisa,
el llanto sobre tu tez,
y este suspiro que escucho
escapado de tu pecho,
dicen bien que algo te han hecho
y que tú padeces mucho.
Conque dime la verdad
y no te apures por nada.
BEATRIZ. ¡Ay! ¡Me ha hecho desgraciada
de un infame la maldad!
ANTONIO. No me repitas la historia
con la cual la razon pierdo,
pues bastante su recuerdo
está fijo en mi memoria.
CLARA. Pero si no es esto.
BEATRIZ. ¡Padre!
Yo no falté, lo aseguro.
ANTONIO. No finjas más.
BEATRIZ. ¡Te lo juro
por la gloria de mi madre!
ANTONIO. ¿Juras, y recuerdo fiel
que tú misma, sin rubor,
dijiste que el seductor
había sido Daniel?
BEATRIZ. ¿Pero eso lo dije yo?
ANTONIO. En casa de Alfredo, sí.
BEATRIZ. ¡Nunca!
ANTONIO. ¿Niegas lo que oí?
Lo has dicho.
BEATRIZ. ¡No, padre, no!
Yo no pude decir tal!
CLARA. *(A don Antonio.)* Vamos, cesa en tu rencor.
BEATRIZ. Dime, dime por favor
que tú lo entendiste mal.
CLARA. *(Suplicando.)* ¡Antonio!...

BEATRIZ. *(Lo mismo.)* ¡Padre!...
ANTONIO. Cesad.
BEATRIZ. *(Arrodillándose.)* Te lo suplico de hinojos!...
¿No estás leyendo en mis ojos
que te digo la verdad?
ANTONIO. Sin culpa, ¿por qué te humillas?
BEATRIZ. ¡Te suplico en mi quebranto!
¿Nada te dice este llanto
que corre por mis mejillas? *(Se levanta.)*
Lo que yo te dije allí
es que Daniel lo intentaba;
mas no advirtió que velaba
Alfredo, padre, por mí.
Quedó burlado el traidor
y huyó quizá avergonzado;
quedóse Alfredo á mi lado
y quedó limpio mi honor.
Dime que me crees pura
y honrada, porque es así.
¿Qué más pretendes de mí
si mi labio te lo jura?
ANTONIO. Y dí ¿tampoco es verdad
lo que una carta contiene?
BEATRIZ. Mal con la verdad se aviene
lo que engendra la maldad.
¡La carta! De ella quería
hablarte, padre, al entrar,
pero me puse á dudar
sobre lo que hacer debía.
Porque supongo (¡Ay de mí!
hasta lo digo con miedo,)
que hablas de aquella en que á Alfredo
se acusa.
ANTONIO. De aquella, sí.
¿Cómo llegar ha podido
á tus manos?
BEATRIZ. La tenía
Alfredo, que aquí venía,
y él mismo me la ha traido.
ANTONIO. ¿Por qué aquí se presentó?
BEATRIZ. Vino buscando á Daniel...
sacó el infame papel....

ANTONIO. Y ¿qué hizo?
BEATRIZ. Me lo entregó.
ANTONIO. ¿Pero tú entonces!
BEATRIZ. Dudé.
Mi tia lo presenciaba.
ANTONIO. ¿Y él?...
BEATRIZ. Impaciente esperaba.
ANTONIO. ¿Pero temblando?
BEATRIZ. ¡No á fé!
¡Había en sus ojos fuego!...
Me miraba...
ANTONIO. Y ¿qué quería?
BEATRIZ. Que leyera pretendía.
ANTONIO. ¿Y entónces?...
BEATRIZ. Allí me llego.
(Señalando el sitio en donde leyó la carta.)
ANTONIO. ¿Despues?...
BEATRIZ. ¡La leí sin calma!...
¡Maldije mucho!...
ANTONIO. ¿A quién?
BEATRIZ. ¡Oh!
ANTONIO. Dí.
BEATRIZ. ¿Que á quién maldije yo?
¡A Daniel, con toda el alma!
ANTONIO. ¿Mas la carta!
BEATRIZ. Se la lleva
Alfredo, y va en busca de él.
ANTONIO. Pero...
BEATRIZ. La escribió Daniel.
Su letra, padre, es la prueba.
(Avergonzada.) ¡Conmigo queria huír!...
¡Una fuga preparamos!...
En este despacho entramos,
y él entra para escribir.
Pero no me dijo nada
de esa carta maldecida...
la tendría prevenida...
la tendría preparada.
La otra carta la ví yo:
decía dónde estaría.
¿La has visto?
ANTONIO. No.

BEATRIZ. ¡Vírgen mía!
¡El traidor la cambió!
Y así quería ¡malvado!
con esa prueba aparente
resultar él inocente
y Alfredo sólo el culpado.
Pues con eso pretendió
que tú, ciego de furor,
al fingido seductor
buscases.

ANTONIO. Y así pasó.
Entro en mi despacho; veo
un papel sobre la mesa:
dice en el sobre «interesa;»
lo abro al momento y lo leo.
Vuelvo la carta á mirar,
iba á llamarte, irritado;
pensé que hubieras negado
y no te quise llamar.
Y aunque no pude creer
al principio tal maldad,
me hizo juzgarla verdad
lo que acababa de ver.
Hallándome en trance tal
á Alfredo busco y le hallo;
lo demás que sabes callo.
No sé si procedí mal
llevado por mi furor;
pero era padre, y debía
buscar á quien suponía
el infame seductor.
Dejadme ahora un momento.

CLARA. Vamos, Beatriz.

BEATRIZ. Vamos, sí.

(Beatriz y doña Clara se separan de don Antonio, y dicen los versos siguientes, mientras se dirigen á la habitacion de la izquierda, segundo término.)

CLARA. Hay ménos tristeza en tí.

BEATRIZ. Algo más feliz me siento.

(Entran en la habitacion indicada.)

Escena VI.

DON ANTONIO, y despues DON ANDRÉS por el foro.

ANTONIO. Si es verdad lo que escuché,
esa calumnia atrevida
á costarle va la vida.
Mas, ¿quién viene? Pase usté.
(Dice esto último al reparar en don Andrés que entra por el foro, demostrando en su actitud que está profundamente disgustado, y que le ha sorprendido no ver á Alfredo en casa de don Antonio.)
Adelante, don Andrés;
acérquese y nada tema.
(Le dá un apreton de manos para probar lo que dice.)
Pero ¿qué es esto? ¿por qué
está usté así? ¿por qué entra
como asustado en mi casa,
y por qué sus manos tiemblan?
¡Algo le pasa y muy grave!

ANDRÉS. Casi desde aquella escena
que yo presencié en mi casa,
por cierto, con extrañeza
no he vuelto á ver á mi Alfredo.
Le he buscado por doquiera;
pregunté, y nadie me dice
ni sabe donde se encuentra.
Vengo aquí, y cuando pensaba
hallarle en la casa esta,
tampoco le ven mis ojos.
¡Temo por él!

ANTONIO. Tal quimera
deseche.

ANDRÉS. ¿No sabe usted?...

ANTONIO. No pude verle.

ANDRES. Por fuerza
le habrá sucedido algo.

ANTONIO. ¿Por qué así se desespera?

De su casa me marché
para vengar una ofensa
que yo había recibido.
Llegamos á la alameda,
y cuando estábamos prontos
á reñir, escuché cerca
á Beatriz que hácia allí viene,
y llora, y gime, y vocea.
Por salvarme, con arrojo
entre los dos se presenta,
y temiendo por mi vida
desarma al otro la diestra.
Yo, al contemplarle indefenso
y al ver á mi Beatriz bella
le perdoné, dando así
de mi lealtad clara prueba.
Mas como no le perdono
y Daniel tampoco ceja,
quedó el duelo concertado
para esta noche funesta.

ANDRÉS. ¿Pero no ha visto á mi hijo
ni sabe dónde se encuentra?

ANTONIO. Ni le he visto ni lo sé;
pero calmad la impaciencia,
porque yo puedo alegrarle
con una noticia buena.
Alfredo ha venido aquí
hace un momento.

ANDRÉS. *(Con alegría.)* ¿De veras?
¿Y no ha dicho qué motiva
de casa su triste ausencia?

ANTONIO. Yo no sé; pero sospecho
que ha salido hecho una fiera
buscando á Daniel.

ANDRÉS. ¿Por qué?

ANTONIO. ¡Por infame! Así lo cuenta
mi hija, que aquí le ha visto.

ANDRÉS. ¡Oh! ¿Pero usted no pudiera
contarme?

ANTONIO. Sin duda alguna.
Mas pienso que mejor fuera
entrarnos en mi despacho,

y allí esperando su vuelta
le contaré...

ANDRÉS. Vamos, pues.

ANTONIO. El no tardará.

ANDRÉS. Así sea.

(Entran en el despacho de don Antonio.)

ESCENA VII.

DANIEL por el foro.

¡Nadie!... No puede tardar.
Aquella carta leí,
y me sorprende al llegar
no ver á Beatriz aquí
como esperaba encontrar.
De inocencia y de ternura
guarda Beatriz un tesoro;
me ciega á mí su hermosura,
y no advierte en su locura
que finjo y que no la adoro.
¡Ensánchate, corazon!
¡Nunca desmayes; alienta
de nuevo en esta ocasion,
que otra vez se te presenta
tu más hermosa ilusion!

ESCENA VIII.

DANIEL, y BEATRIZ por la izquierda, segundo término.

(Daniel queda silencioso y preocupado, como si pensara en alguna cosa importante. Beatriz avanza sin reparar en Daniel hasta despues de haber dicho el segundo verso. Entónces se dirige á él creyendo que es Alfredo y le llama con alegría; pero retrocede espantada cuando al volverse Daniel advierte que había padecido una equivocacion.)

BEATRIZ. *(Saliendo.)* ¿Qué será de Alfredo? Él,
que vendría prometió.

Pero ya se presentó.
¡Alfredo!

DANIEL. *(Volviéndose.)* ¿Quién?

BEATRIZ. ¡Oh! ¡Daniel!
¡Jamás hubiera pensado
que fuese tal su osadía!

DANIEL. Pues yo, señora, creía
que usted me había llamado.
Leí su carta adorada;
ansioso me presenté,
y al verme, no sé por qué
retrocedió usté espantada.
¿Mal hice acaso en entrar,
cuando usted misma me llama
y mi presencia reclama?

BEATRIZ. ¿Y lo osa usted preguntar?
Es verdad; le hice venir
porque algo ignoraba yo;
pero sabiéndolo, no,
porque debe usted salir.
Que aquel que torpe y osado
sólo calumnias reparte,
debe hallarse en otra parte,
no en casa de un hombre honrado.

DANIEL. *(Aparte.)* Si yo confieso... me pierdo
al descubrir mi maldad.
(Alto.) Piensa que esto no es verdad;
recuerda...

BEATRIZ. Nada recuerdo.

DANIEL. De aquella amorosa historia...

BEATRIZ. Basta de nécia porfía.
¡Por no recordar, querría
arrancarme la memoria!
(Avergonzada.)
¡Ah! Recuerdo en este instante
un beso...

DANIEL. Que fué de amor.

BEATRIZ. Que se lo diga el rubor
que enrojece mi semblante.
¡Basta ya, basta de dudas:
sin amor Judas besó;
usted torpe le imitó

y fué traidor, como Judas!

DANIEL. *(Aparte.)* ¡Qué terrible desengaño!
(Alto.) Mi pura pasion...

BEATRIZ. *(Interrumpiéndole.)* ¡Locura!
¿Y llama usted pasion pura
á la traicion y al engaño?
(Daniel pretende hablar, pero Beatriz no le deja.)
Nada pretenda decirme
porque ya todo lo sé.

DANIEL. ¿Usted sabe?

BEATRIZ. ¡Sé que usté
intentaba seducirme!
Alfredo me lo ha contado.

DANIEL. ¿Alfredo otra vez?

BEATRIZ. ¡Y mil!
¡Lo que usted tiene de vil
lo tiene Alfredo de honrado!

DANIEL. ¡Beatriz! *(Con acento amenazador.)*

BEATRIZ. ¿Y es usted, Daniel,
quien osa así amenazar,
cuando le podré enseñar
un infamante papel,
en el cual usté escribió
calumnias?...

DANIEL. ¿Calumnias?...

BEATRIZ. Sí.

DANIEL. No es cierto.

BEATRIZ. Si yo lo ví.

DANIEL. ¡Beatriz!...

BEATRIZ. Si lo leí yo.
Si su letra conocí
cuando al fin pude leerlo.
No lo tengo, que á tenerlo
yo le humillaría aquí.
¿Quién en el despacho entró
cómo usted consiguió entrar,
ni quién podía dejar
la carta que usted dejó?
¿Quién por Alfredo sentía
odio profundo y rencor,
porque estorbaba su amor...

como usté entonces decía?
¿A quién, por mi buena estrella
mi mano negó mi padre?
Pues usté, aunque no le cuadre
escribió la carta aquella.

DANIEL. ¿Y dice que usted ha visto?

BEATRIZ. La carta; la carta, sí.
Me la enseñaron aquí.

DANIEL. ¿Quién?

BEATRIZ. Alfredo.

DANIEL. ¡Vive Cristo!
Juro que no le perdono
su insensato proceder.

BEATRIZ. Pues no hay motivo, á mi ver,
para tanto y tanto encono.

DANIEL. ¿Y dice usted?...

BEATRIZ. ¡Su osadía
de Alfredo deshonró el nombre!
¿Qué hay ahora que le asombre,
si él hizo lo que debía?

DANIEL. En fin.

BEATRIZ. En fin; que ya todo
se sabe, y mal, por supuesto,
y que es preciso que esto
no se quede de este modo.
(Suplicando.) ¡Basta de tanta crueldad!
Usté que vé mi quebranto
y que vé mi amargo llanto
al fin dirá la verdad!
La verdad; solo esto anhelo.
Se lo pido por mi padre,
Daniel. ¡Por mi santa madre
que me mira desde el cielo!

ESCENA IX.

DICHOS, y DON ANDRÉS por la izquierda: despues ALFREDO.

(Beatriz y Daniel continúan el diálogo en voz baja, y no reparan en don Andrés que sale del despacho de don Antonio, cerrando trás sí la puerta.)

ANDRÉS. *(Saliendo, y sin reparar en Beatriz y Daniel.)*
¡Infeliz!... ¡Con su dolor
á solas le dejo allí!
¡Jamás tanta infamia ví!...
¡Pensarlo me causa horror!...
BEATRIZ. *(Aparte á Daniel.)* ¡Por Dios!... ¡Por mí!...
ANDRÉS. *(Aparte.)* Ese Daniel...
¡y Alfredo que no ha llegado!
Corro á verle... ¡Desdichado!
(Se dirige al foro.)
DANIEL. *(Alto á don Andrés)* ¿A dónde vais?
ANDRÉS. ¡Jesús! ¡Él!
DANIEL. ¿Qué es lo que teneis? ¿Por qué
palidece su semblante?
¿Temblais porque estais delante
de mí?
ANDRÉS. No. Jamás temblé.
Que al hallarse cara á cara
el vicio con la honradez,
á ésta toca la altivez
y á aquel el miedo.
DANIEL. *(Con acento amenazador.)* ¡Oh!
ANDRÉS. Repara
que no puede tolerar...
BEATRIZ. *(A Daniel.)* ¿Y usted se atreve á un anciano?
DANIEL. Hoy que le tengo á la mano
no le quiero perdonar.
(Daniel sujeta á don Andrés por una mano y quiere obligarle á salir. Luchan un momento hasta la entrada de Alfredo.)
ANDRÉS. *(Resistiendo.)* ¡No más!

DANIEL. Aunque no le cuadre.
BEATRIZ. ¡Daniel!...
DANIEL. ¡Vamos!...
ANDRÉS. ¡No ha de ser!
(Se adelanta Alfredo, se coloca entre Daniel y don Andrés y cogiendo á Daniel lo arroja violentamente á un lado, despues de haber dicho con expresion de profunda ira los dos versos siguientes.)

ESCENA X.

DICHOS, y ALFREDO por el foro.

ALFREDO. ¡Sólo me faltaba ver
que insultases á mi padre!
¡Vive Dios!...
ANDRÉS. ¡Hijo!...
BEATRIZ. ¡Detente!...
ALFREDO. ¡Al fin te pude encontrar!
Al fin te puedo mirar
cara á cara y frente á frente.
¡Veo que con altivez
está tu cabeza erguida;
mas te juro, por mi vida
que has de bajarla esta vez!
DANIEL. *(Con ira.)* ¡Piensa Alfredo!...
ALFREDO. ¡Si yo afronto
tus iras!... ¡Si es mi deseo!...
¡Gozo porque así te veo!...
No temas, saldremos pronto.
No temas por la tardanza:
¿cómo perdonarte hoy,
si ya en mí sintiendo estoy
el placer de la venganza?...
¿No te bastaba arrastrar
por el lodo un nombre honrado
como tú lo has arrastrado,
que te atreves á insultar
á mi padre, que ya es viejo?...
DANIEL. Mas puede...

ALFREDO. ¡Pero es mi padre!...
Y te cuadre ó no te cuadre
has hecho mal, y no cejo.
DANIEL. ¡La muerte buscando vas!...
ALFREDO. ¡La tuya busco!...
ANDRÉS. ¡No, Alfredo!
Despréciale.
ALFREDO. ¡Sino puedo!
BEATRIZ. Despréciale.
ALFREDO. ¡No: jamás!
¡Desprecio! ¡No me lo diga!
Si se merece la muerte!...
ANDRÉS. ¡Pero tú!
ALFREDO. Sí; de esta suerte
á los viles se castiga!...
(Alfredo saca la carta, se acerca á Daniel y le sujeta con una mano las dos, obligándole á que ponga una rodilla en el suelo, mientras con la otra mano le obliga á fijar la vista en el papel.)
(Sujetándole.) ¡Mira... mira este papel!...
DANIEL. ¡Nunca!...
ALFREDO. ¡Ven!... ¡No huyas de mí!
¡Más cerca!... ¡más cerca!... ¡así!...
¡Fija tus ojos en él!
¡Así te queria ver...
¡humillado!...
DANIEL. ¡Suelta!...
ALFREDO. ¡No!...
ANDRÉS. ¡Hijo!...
BEATRIZ. *(Colocándose entre los dos.)*
¡Alfredo!... ¡Daniel!... ¡Oh!...
¿Qué es lo que va á suceder?
(Alfredo, al oir que Beatriz pronuncia el nombre de Daniel, suelta á éste y dice á aquella.)
ALFREDO. ¿Y tú, Daniel le has llamado?
BEATRIZ. ¿Qué hay en ello que te asombre?
ALFREDO. ¡Es que merece otro nombre
más propio y más adecuado!
Quien arrastra por el lodo
nombres que limpios están,

tal vez se llamará Juan...
ó Daniel... ó de otro modo.
Mas aunque así se le llame,
si limpios nombres infama
ni Juan ni Daniel se llama:
recibe este nombre: ¡Infame!

DANIEL. ¡Vive Dios!...

ALFREDO. ¡Le llamas? ¡No!
¡No invoques su santo nombre!
Esto puede hacerlo un hombre,
no como tú, como yo.
Es inútil que reclames
favor que no has de lograr:
¿cómo te puede escuchar,
si Dios no protege infames?

DANIEL. ¡No perdonarte juré!...
¿Me has entendido?

ALFREDO. ¡Lo infiero!

DANIEL. ¡Vamos pronto!...

ALFREDO. ¡Si eso quiero!...

DANIEL. ¡Vamos!
(Se dirige al foro y se detiene en la puerta.)

ALFREDO. ¡Si ahora saldré!...
Es la mejor ocasion...
nada falta, por ventura...
ni en el espacio negrura,
ni el odio en mi corazon!
¡No creas que me dás miedo!
(A don Andrés.)
¡Padre!... ¡pronto he de venir!...

BEATRIZ. ¡Alfredo!...

ANDRÉS. ¡No; no has de ir!
¿Y si tú mueres, Alfredo?

ALFREDO. ¡Si muero!... ¡cómo ha de ser!
(Abrazándole.) ¡Sea esto la despedida!
¡Si mato... seré homicida
por amor y por deber!

ANDRÉS. *(Sujetándole.)* ¡No, Alfredo!...

ALFREDO. ¡Seré implacable!

BEATRIZ. *(Sujetándole.)* No vayas.

ANDRÉS. ¡Hijo del alma!...

ALFREDO. ¡Se impacienta! *(Refiriéndose á Daniel.)*

DANIEL. *(Desde el foro.)* ¡Ya no hay calma!
ALFREDO. ¿Lo veis?...
(Se separa de don Andrés y de Beatriz y dice á Daniel:)
¡Vamos, miserable!...
(Salen apresuradamente por el foro.)

ESCENA XI.

DICHOS, y luego DON ANTONIO y DOÑA CLARA, por la izquierda.

ANDRÉS. ¡Alfredo!... ¡Hijo!... Yo corro...
BEATRIZ. Esperaos, don Andrés.
¡Socorro!
ANDRÉS. ¿Pero no ves?...
BEATRIZ. *(Llamando á la puerta de las habitaciones de la izquierda.)*
¡Oh! ¡Tia!... ¡padre!... ¡socorro!...
ANTONIO. *(Saliendo.)* ¿Qué es esto?
CLARA. *(Lo mismo.)* ¿Qué ha sucedido?
BEATRIZ. Que Alfredo hasta aquí ha llegado...
que con Daniel se ha encontrado,
y han salido...
ANDRÉS. ¡Si; han salido
á batirse!
BEATRIZ. ¡Cielo santo!
ANTONIO. ¿Pero Alfredo?...
BEATRIZ. Con razon.
ANDRÉS. ¡Se me parte el corazon! *(Sale por el foro.)*

ESCENA XII.

DICHOS ménos DON ANDRÉS.

BEATRIZ. ¡Cuando acabará mi llanto?
¡Oh! ¿Dónde Alfredo estará?
CLARA. No temas.
ANTONIO. Yo aún confio.
BEATRIZ. *(Llorando.)* Que venza Alfredo ¡Dios mio!

ANTONIO. ¡No llores! El vencerá.
CLARA. No te atormente esta duda.
ANTONIO. Mas puede ser desgraciado,
y Daniel la ha calumniado.
Yo le serviré de ayuda.
CLARA. *(Sujetándole.)* ¡Antonio!...
BEATRIZ. *(Lo mismo.)* ¡Padre!...
ANTONIO. Las dos
soltadme.
BEATRIZ. ¡No, padre, no!...
CLARA. ¡Yo no lo quiero!...
BEATRIZ. ¡Ni yo!...
CLARA. ¡Por ella, por mí, por Dios!
ANTONIO. ¡Es que yo quiero vengar
esa calumnia atrevida!
BEATRIZ. ¿Y si tú pierdes la vida?
CLARA. ¡No!...
ANTONIO. ¡Yo le sabré matar!
(Se desprende de Beatriz y de doña Clara, y al dirigirse al foro y ver en la puerta del mismo á don Andrés, se detiene.)

ESCENA XIII.

DICHOS, y DON ANDRÉS por el foro. Despues ALFREDO, por el foro.

ANDRÉS. *(Entrando.)* Alfredo vuelve: ha vencido.
Alfredo viene.
(Dirigiéndose á los otros personajes.)
BEATRIZ. *(Con alegría.)* ¡Oh!
ANDRÉS. *(Señalando á Alfredo que aparece por la puerta del foro.)*
¡Aquí está!
ALFREDO. *(Entrando.)* ¡Ya más no calumniará!
ANDRÉS. ¡Hijo!...
ALFREDO. ¡Mi padre querido! *(Se abrazan.)*
ANTONIO. *(A Alfredo.)* Dí ¿le has muerto?
ALFREDO. ¡Por mi fé,
tendido quedó en el suelo!
¡Al fin cumplióse mi anhelo!...



¡Al fin... al fin le maté!
¿Cómo no?... ¡Mi odio profundo
ya no cabía en mi pecho!...
Decidme ¿qué hubiera hecho
el más honrado en el mundo?
¡Salir... como yo he salido!...
¡Matar... como yo he matado...
y confundir al malvado
para siempre, en el olvido!

BEATRIZ. ¡Padre!... ¡padre!...

ANTONIO. ¡Aquí, en mis brazos!...

(Beatriz corre hácia don Antonio y se abrazan.)

¡Siempre conmigo he de verte!...

BEATRIZ. ¡Contigo!... ¡Solo la muerte
desatar podrá estos lazos!
Te pido, padre adorado,
perdon.

ANTONIO. ¡En ello consiento,
porque el arrepentimiento
engrandece, si es honrado!

BEATRIZ. ¡Oh! Gracias.

ANTONIO. ¡Alfredo!... Aquí
(Señalando el corazon.)
gratitud siempre has de hallar!
No sé cómo he de pagar
lo que tú has hecho por mí.

ALFREDO. Hice lo que debí hacer,
aun arriesgando mi vida!...
¡Maté!... Pero fuí homicida
POR AMOR Y POR DEBER.

TELON.

FIN DEL ENSAYO DRAMÁTICO.